



Cincuenta  
sombras  
de Grey

E.L. James

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS

DE GREY

Traducción de

**Pilar de la Peña Minguell**

y **Helena Trías Bello**

# Grijalbo

Me miro en el espejo y frunzo el ceño, frustrada. Qué asco de pelo. No hay manera con él. Y maldita sea Katherine Kavanagh, que se ha puesto enferma y me ha metido en este lío. Tendría que estar estudiando para los exámenes finales, que son la semana que viene, pero aquí estoy, intentando hacer algo con mi pelo. No debo meterme en la cama con el pelo mojado. No debo meterme en la cama con el pelo mojado. Recito varias veces este mantra mientras intento una vez más controlarlo con el cepillo. Me desespero, pongo los ojos en blanco, después observo a la chica pálida, de pelo castaño y ojos azules exageradamente grandes que me mira, y me rindo. Mi única opción es recogerme este pelo rebelde en una coleta y confiar en estar medio presentable.

Kate es mi compañera de piso, y ha tenido que pillar un resfriado precisamente hoy. Por eso no puede ir a la entrevista que había concertado para la revista de la facultad con un megaempresario del que yo nunca había oído hablar. Así que va a tocarme a mí. Tengo que estudiar para los exámenes finales, tengo que terminar un trabajo y se suponía que a eso iba a dedicarme esta tarde, pero no. Lo que voy a hacer esta tarde es conducir más de doscientos kilómetros hasta el centro de Seattle para reunirme con el enigmático presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc. Como empresario excepcional y principal mecenas de nuestra universidad, su tiempo es extraordinariamente valioso —mucho más que el mío—, pero ha concedido una entrevista a Kate. Un bombazo, según ella. Malditas sean sus actividades extraacadémicas.

Kate está acurrucada en el sofá del salón.

—Ana, lo siento. Tardé nueve meses en conseguir esta entrevista. Si pido que me cambien el día, tendré que esperar otros seis meses, y para entonces las dos estaremos graduadas. Soy la responsable de la revista, así que no puedo echarlo todo a perder. Por favor... —me suplica Kate con voz ronca por el resfriado.

¿Cómo lo hace? Incluso enferma está guapísima, realmente atractiva, con su pelo rubio rojizo perfectamente peinado y sus brillantes ojos verdes, aunque ahora los tiene rojos y llorosos. Paso por alto la inoportuna punzada de lástima que me inspira.

—Voy a moverme, nena —me susurra un momento después en tono firme.

Oh.

Retrocede con exquisita lentitud. Cierra los ojos, gime y vuelve a penetrarme. Grito por segunda vez, y se detiene.

—¿Más? —me susurra con voz salvaje.

—Sí —le contesto.

Vuelve a penetrarme y a detenerse.

Gimo. Mi cuerpo lo acepta... Oh, quiero que siga.

—¿Otra vez? —me pregunta.

—Sí —le contesto en tono de súplica.

Y se mueve, pero esta vez no se detiene. Se apoya en los codos, de modo que siento su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Y a medida que voy acostumbrándome a la extraña sensación, empiezo a mover las caderas hacia las suyas. Acelera. Gimo y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, sin piedad, a un ritmo implacable, y yo mantengo el ritmo de sus embestidas. Me agarra la cabeza con las manos, me besa bruscamente y vuelve a tirar de mi labio inferior con los dientes. Se retira un poco y siento que algo crece en lo más profundo de mí, como antes. Voy poniéndome tensa a medida que me penetra una y otra vez. Me tiembla el cuerpo, me arqueo. Estoy bañada en sudor. No sabía que sería así... No sabía que la sensación podía ser tan agradable. Mis pensamientos se dispersan... No hay más que sensaciones... Solo él... Solo yo... Ay, por favor... Mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí, Ana —susurra sin aliento.

Y me dejo ir en cuanto lo dice, llego al clímax y estallo en mil pedazos bajo su cuerpo. Y mientras se corre también él, grita mi nombre, da una última embestida se queda inmóvil, como si se vaciara dentro de mí.

Todavía jadeo, intento ralentizar la respiración y los latidos del corazón, y mis pensamientos se sumen en el caos. Uau... ha sido algo increíble. Abro los ojos. Christian ha apoyado su frente en la mía. Tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Parpadea, abre los ojos y me lanza una mirada turbia, aunque dulce. Sigue dentro de mí. Se inclina, me besa suavemente en la frente y, muy despacio, empieza a salir de mi cuerpo.

—Ooh.

Es una sensación extraña, que me hace estremecer.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta Christian mientras se tumba a mi lado apoyándose en un codo.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—¿Estás de verdad preguntándome si me has hecho daño?

—No me vengas con ironías —me dice con una sonrisa burlona—. En serio, ¿estás bien?

Sus ojos son intensos, perspicaces, incluso exigentes.

Me tiendo a su lado sintiendo los miembros desmadejados, con los huesos como de goma, pero estoy relajada, muy relajada. Le sonrío. No puedo dejar de sonreír. Ahora entiendo a qué viene tanto alboroto. Dos orgasmos... todo tu ser completamente descontrolado, como cuando una lavadora centrifuga. Uau. No tenía ni idea de lo que mi cuerpo era capaz, de que podía tensarse tanto y liberarse de forma tan violenta, tan gratificante. El placer ha sido indescriptible.

—Estás mordiéndote el labio, y no me has contestado.

Frunce el ceño. Le sonrío con gesto travieso. Está imponente con su pelo alborotado, sus ardientes ojos grises entrecerrados y su expresión seria e impenetrable.

—Me gustaría volver a hacerlo —susurro.

Por un momento creo ver una fugaz expresión de alivio en su cara. Luego cambia rápidamente de expresión y me mira con ojos velados.

—¿Ahora mismo, señorita Steele? —musita en tono frío. Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la comisura de la boca—. ¿No eres un poquito exigente? Date la vuelta.

Parpadeo varias veces, pero al final me doy la vuelta. Me desabrocha el sujetador y me desliza la mano desde la espalda hasta el trasero.

—Tienes una piel realmente preciosa —murmura.

Mete una pierna entre las mías y se queda medio tumbado sobre mi espalda. Siento la presión de los botones de su camisa mientras me retira el pelo de la cara y me besa en el hombro.

—¿Por qué no te has quitado la camisa? —le pregunto.

Se queda inmóvil. Acto seguido se quita la camisa y vuelve a tumbarse encima de mí. Siento su cálida piel sobre la mía. Mmm... Es una maravilla. Tiene el pecho cubierto de una ligera capa de pelo, que me hace cosquillas en la espalda.

—Así que quieres que vuelva a follarte... —me susurra al oído.

Y empieza a besarme muy suavemente alrededor de la oreja y en el cuello. Me levanta las rodillas y se me corta la respiración... ¿Qué está haciendo ahora? Se mete entre mis piernas, se pega a mi espalda y me pasa la mano por el muslo hasta el trasero. Me acaricia despacio las nalgas y después desliza los dedos entre mis piernas.

—Voy a follarte desde atrás, Anastasia —murmura.

Con la otra mano me agarra del pelo a la altura de la nuca y tira ligeramente para colocarme. No puedo mover la cabeza. Estoy inmovilizada debajo de él, indefensa.

—Eres mía —susurra—. Solo mía. No lo olvides.

Su voz es embriagadora, y sus palabras, seductoras. Noto cómo crece su erección contra mi muslo.

Desliza los dedos y me acaricia suavemente el clítoris, trazando círculos muy despacio. Siento su respiración en la cara mientras me pellizca lentamente la mandíbula.

—Hueles de maravilla.

Me acaricia detrás de la oreja con la nariz. Frota las manos contra mi cuerpo una y otra vez. En un instinto reflejo, empiezo a trazar círculos con las caderas, al compás de su mano, y un placer enloquecedor me recorre las venas como si fuera adrenalina.

—No te muevas —me ordena en voz baja, aunque imperiosa.

Y lentamente me introduce el pulgar y lo gira acariciando las paredes de mi vagina. El efecto es alucinante. Toda mi energía se concentra en esa pequeña parte de mi cuerpo. Gimo.

—¿Te gusta? —me pregunta en voz baja pasándome los dientes por la oreja.

Y empieza a mover el pulgar lentamente, dentro, fuera, dentro, fuera... con los dedos todavía trazando círculos.

Cierro los ojos e intento controlar mi respiración, intento absorber las desordenadas y caóticas sensaciones que sus dedos desatan en mí mientras el fuego me recorre el cuerpo. Vuelvo a gemir.

—Estás muy húmeda y eres muy rápida. Muy receptiva. Oh, Anastasia, me gusta, me gusta mucho —susurra.

Quiero mover las piernas, pero no puedo. Me tiene aprisionada y mantiene un

ritmo constante, lento y tortuoso. Es absolutamente maravilloso. Gimo de nuevo y de pronto se mueve.

—Abre la boca —me pide.

Y me introduce en la boca el pulgar. Pestañeo frenéticamente.

—Mira cómo sabes —me susurra al oído—. Chúpame, nena.

Me presiona la lengua con el pulgar, cierro la boca alrededor de su dedo y chupo salvajemente. Siento el sabor salado de su pulgar y la acidez ligeramente metálica de la sangre. Madre mía. Esto no está bien, pero es terriblemente erótico.

—Quiero follarte la boca, Anastasia, y pronto lo haré —me dice con voz ronca, salvaje, y respiración entrecortada.

¡Follarme la boca! Gimo y le muerdo. Pega un grito ahogado y me tira del pelo con más fuerza, me hace daño, así que le suelto el dedo.

—Mi niña traviesa —susurra.

Alarga la mano hacia la mesita de noche y coge un paquetito plateado.

—Quieta, no te muevas —me ordena soltándome el pelo.

Rasga el paquetito plateado mientras yo jadeo y siento el calor recorriendo mis venas. La espera es excitante. Se inclina, su peso vuelve a caer sobre mí y me agarra del pelo para inmovilizarme la cabeza. No puedo moverme. Me tiene seductoramente atrapada y está listo para volver a penetrarme.

—Esta vez vamos a ir muy despacio, Anastasia —me dice.

Y me penetra despacio, muy despacio, hasta el fondo. Su miembro se extiende y me invade por dentro implacablemente. Gimo con fuerza. Esta vez lo siento más profundo, exquisito. Vuelvo a gemir, y a un ritmo muy lento traza círculos con las caderas y retrocede, se detiene un momento y vuelve a penetrarme. Repite el movimiento una y otra vez. Me vuelve loca. Sus provocadoras embestidas, deliberadamente lentas, y la intermitente sensación de plenitud son irresistibles.

—Se está tan bien dentro de ti —gime.

Y mis entrañas empiezan a temblar. Retrocede y espera.

—No, nena, todavía no —murmura.

Cuando dejo de temblar, comienza de nuevo el maravilloso proceso.

—Por favor —le suplico.

Creo que no voy a aguantar mucho más. Mi cuerpo tenso se desespera por liberarse.

—Te quiero dolorida, nena —murmura.

Y sigue con su dulce y pausado suplicio, adelante y atrás.

—Quiero que, cada vez que te muevas mañana, recuerdes que he estado dentro de ti. Solo yo. Eres mía.

Gimo.

—Christian, por favor —susurro.

—¿Qué quieres, Anastasia? Dímelo.

Vuelvo a gemir. Se retira y vuelve a penetrarme lentamente, de nuevo trazando círculos con las caderas.

—Dímelo —murmura.

—A ti, por favor.

Aumenta el ritmo progresivamente y su respiración se vuelve irregular. Empiezo a temblar por dentro, y Christian acelera la acometida.

—Eres... tan... dulce —murmura al ritmo de sus embestidas—. Te... deseo... tanto...

Gimo.

—Eres... mía... Córrete para mí, nena —ruge.

Sus palabras son mi perdición, me lanzan por el precipicio. Siento que mi cuerpo se convulsiona y me corro gritando una balbuceante versión de su nombre contra el colchón. Christian embiste hasta el fondo dos veces más y se queda paralizado, se deja ir y se derrama dentro de mí. Se desploma sobre mi cuerpo, con la cara hundida en mi pelo.

—Joder, Ana —jadea.

Se retira inmediatamente y cae rodando en su lado de la cama. Subo las rodillas hasta el pecho, totalmente agotada, y al momento me sumerjo en un profundo sueño.

Cuando me despierto, todavía no ha amanecido. No tengo ni idea de cuánto tiempo he dormido. Estiro las piernas debajo del edredón y me siento dolorida, exquisitamente dolorida. No veo a Christian por ningún sitio. Me siento en la cama y contemplo la ciudad frente a mí. Hay menos luces encendidas en los rascacielos y el amanecer se insinúa ya hacia el este. Oigo música, notas cadenciosas de piano. Un dulce y triste lamento. Bach, creo, pero no estoy segura.



Echo el edredón a un lado y me dirijo sin hacer ruido al pasillo que lleva al gran salón. Christian está sentado al piano, totalmente absorto en la melodía que está tocando. Su expresión es triste y desamparada, como la música. Toca maravillosamente bien. Me apoyo en la pared y lo escucho embelesada. Es un músico extraordinario. Está desnudo, con el cuerpo bañado en la cálida luz de una lámpara solitaria junto al piano. Como el resto del salón está oscuro, parece aislado en su pequeño foco de luz, intocable... solo en una burbuja.

Avanzo en silencio hacia él, atraída por la sublime y melancólica música. Estoy fascinada. Observo sus largos y hábiles dedos recorriendo y presionando suavemente las teclas, y pienso que esos mismos dedos han recorrido y acariciado con destreza mi cuerpo. Me ruborizo al pensarlo, sofoco un grito y aprieto los muslos. Christian levanta sus insondables ojos grises con expresión indescifrable.

—Perdona —susurro—. No quería molestarte.

Frunce ligeramente el ceño.

—Está claro que soy yo el que tendría que pedirte perdón —murmura.

Deja de tocar y apoya las manos en las piernas.

De pronto me doy cuenta de que lleva puestos unos pantalones de pijama. Se pasa los dedos por el pelo y se levanta. Los pantalones le caen de esa manera tan sexy... Madre mía. Se me seca la boca cuando rodea tranquilamente el piano y se acerca a mí. Es ancho de hombros y estrecho de caderas, y al andar se le tensan los abdominales. Es impresionante...

—Deberías estar en la cama —me riñe.

—Un tema muy hermoso. ¿Bach?

—La transcripción es de Bach, pero originariamente es un concierto para oboe de Alessandro Marcello.

—Precioso, aunque muy triste, una melodía muy melancólica.

Esboza una media sonrisa.

—A la cama —me ordena—. Por la mañana estarás agotada.

—Me he despertado y no estabas.

—Me cuesta dormir. No estoy acostumbrado a dormir con nadie —murmura.

No logro discernir cuál es su estado de ánimo. Parece algo decaído, pero es difícil asegurarlo en la oscuridad. Quizá se deba al tono del tema que estaba tocando. Me rodea con un brazo y me lleva cariñosamente a la habitación.

—¿Cuándo empezaste a tocar? Tocas muy bien.

—A los seis años.

Christian a los seis años... Imagino a un precioso niño de pelo cobrizo y ojos grises, y se me cae la baba... Un niño de cabello alborotado al que le gusta la música increíblemente triste.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta ya de vuelta en la habitación.

Enciende una lamparita.

—Estoy bien.

Los dos miramos la cama al mismo tiempo. Las sábanas están manchadas de sangre, como una prueba de mi virginidad perdida. Me ruborizo, incómoda, y me echo el edredón por encima.

—Bueno, la señora Jones tendrá algo en lo que pensar —refunfuña Christian frente a mí.

Me coloca la mano debajo de la barbilla, me levanta la cara y me mira fijamente. Me observa con ojos intensos. Me doy cuenta de que es la primera vez que le veo el pecho desnudo. Alargo la mano de forma instintiva. Quiero pasarle los dedos por el oscuro pelo del pecho, pero de inmediato da un paso atrás.

—Métete en la cama —me dice bruscamente. Y luego suaviza un poco el tono—: Me acostaré contigo.

Retiro la mano y frunzo levemente el ceño. Creo que no le he tocado el torso ni una sola vez. Abre un cajón, saca una camiseta y se la pone rápidamente.

—A la cama —vuelve a ordenarme.

Salto a la cama intentando no pensar en la sangre. Se tumba también él y me rodea con los brazos por detrás, de manera que no le veo la cara. Me besa el pelo con suavidad e inhala profundamente.

—Duérmete, dulce Anastasia —murmura.

Cierro los ojos, pero no puedo evitar sentir cierta melancolía, no sé si por la música o por su conducta. Christian Grey tiene un lado triste.

—Bien —murmuro.

Esboza una ligera sonrisa.

—Yo también —me dice en voz baja—. Nunca había echado un polvo vainilla, y no ha estado nada mal. Aunque quizá es porque ha sido contigo.

Desliza el pulgar por mi labio inferior.

Respiro hondo. ¿Un polvo vainilla?

—Ven, vamos a bañarnos.

Se inclina y me besa. El corazón me da un brinco y el deseo me recorre el cuerpo y se concentra... en mi parte más profunda.

La bañera es blanca, profunda y ovalada, muy de diseño. Christian se inclina y abre el grifo de la pared embaldosada. Vierte en el agua un aceite de baño que parece carísimo. A medida que se llena la bañera va formándose espuma, y un dulce y seductor aroma a jazmín invade el baño. Christian me mira con ojos impenetrables, se quita la camiseta y la tira al suelo.

—Señorita Steele —me dice tendiéndome la mano.

Estoy al lado de la puerta, con los ojos muy abiertos y recelosa, con las manos alrededor del cuerpo. Me acerco admirando furtivamente su cuerpo. Le cojo de la mano y me sujeta mientras me meto en la bañera, todavía con su camisa puesta. Hago lo que me dice. Voy a tener que acostumbrarme si acabo aceptando su escandalosa oferta... Solo si... El agua caliente es tentadora.

—Gírate y mírame —me ordena en voz baja.

Hago lo que me pide. Me observa con atención.

—Sé que ese labio está delicioso, doy fe de ello, pero ¿puedes dejar de mordértelo? —me dice apretando los dientes—. Cuando te lo muerdes, tengo ganas de follarte, y estás dolorida, ¿no?

Dejo de morderme el labio porque me quedo boquiabierta, impactada.

—Eso es —me dice—. ¿Lo has entendido?

Me mira. Asiento frenéticamente. No tenía ni idea de que yo pudiera afectarle tanto.

—Bien.

Se acerca, saca el iPod del bolsillo de la camisa y lo deja junto al lavabo.

—Agua e iPods... no es una combinación muy inteligente —murmura.

Se inclina, agarra la camisa blanca por debajo, me la quita y la tira al suelo.

Se retira para contemplarme. Dios mío, estoy completamente desnuda. Me pongo roja y bajo la mirada hacia las manos, que están a la altura de la barriga. Deseo desesperadamente desaparecer dentro del agua caliente y la espuma, pero sé que no va a querer que lo haga.

—Oye —me llama.

Lo miro. Tiene la cara inclinada hacia un lado.

—Anastasia, eres muy guapa, toda tú. No bajas la cabeza como si estuvieras avergonzada. No tienes por qué avergonzarte, y te aseguro que es todo un placer poder contemplarte.

Me sujeta la barbilla y me levanta la cabeza para que lo mire. Sus ojos son dulces y cálidos, incluso ardientes. Está muy cerca de mí. Podría alargar el brazo y tocarlo.

—Ya puedes sentarte —me dice interrumpiendo mis erráticos pensamientos.

Me agacho y me meto en el agradable agua caliente. Oh... me escuece, y no me lo esperaba, pero huele de maravilla. El escozor inicial no tarda en disminuir. Me tumbo boca arriba, cierro los ojos un instante y me relajo en la tranquilizadora calidez. Cuando los abro, está mirándome fijamente.

—¿Por qué no te bañas conmigo? —me atrevo a preguntarle, aunque con voz ronca.

—Sí, muévete hacia delante —me ordena.

Se quita los pantalones de pijama y se mete en la bañera detrás de mí. El agua sube de nivel cuando se sienta y tira de mí para que me apoye en su pecho. Coloca sus largas piernas encima de las mías, con las rodillas flexionadas y los tobillos a la misma altura que los míos, y me abre las piernas con los pies. Me quedo boquiabierta. Mete la nariz entre mi pelo e inhala profundamente.

—Qué bien hueles, Anastasia.

Un temblor me recorre todo el cuerpo. Estoy desnuda en una bañera con Christian Grey. Y él también está desnudo. Si alguien me lo hubiera dicho ayer, cuando me desperté en la suite del hotel, no le habría creído.

Coge una botella de gel del estante junto a la bañera y se echa un chorrito en la mano. Se frota las manos para hacer una ligera capa de espuma, me las coloca alrededor del cuello y empieza a extenderme el jabón por la nuca y los hombros, masajeándolos con fuerza con sus largos y fuertes dedos. Gimo. Me encanta sentir sus manos.

—¿Te gusta?

Casi puedo oír su sonrisa.

—Mmm.

Desciende hasta mis brazos, luego por debajo hasta las axilas, frotándome suavemente. Me alegro mucho de que Kate insistiera en que me depilara. Desliza las manos por mis pechos, y respiro hondo cuando sus dedos los rodean y empiezan a masajearlos suavemente, sin agarrarlos. Arqueo el cuerpo instintivamente y aprieto los pechos contra sus manos. Tengo los pezones sensibles, muy sensibles, sin duda por el poco delicado trato que recibieron anoche. No se entretiene demasiado en ellos. Desliza las manos hasta mi vientre. Se me acelera la respiración y el corazón me late a toda prisa. Siento su erección contra mi trasero. Me excita que lo que le haga sentirse así sea mi cuerpo. Claro... no tu cabeza, se burla mi subconsciente. Aparto el inoportuno pensamiento.

Se detiene y coge una toallita mientras yo jadeo pegada a él, muerta de deseo. Apoyo las manos en sus muslos, firmes y musculosos. Echa más gel en la toallita, se inclina y me frota entre las piernas. Contengo la respiración. Sus dedos me estimulan hábilmente desde dentro de la tela, una maravilla, y mis caderas empiezan a moverse a su ritmo, presionando contra su mano. A medida que las sensaciones se apoderan de mí, inclino la cabeza hacia atrás con los ojos casi en blanco y la boca entreabierta. Gimo. Dentro de mí aumenta la presión, lenta e inexorablemente... Madre mía.

—Siéntelo, nena —me susurra Christian al oído, y me roza suavemente el lóbulo con los dientes—. Siéntelo para mí.

Sus piernas inmovilizan las mías contra las paredes de la bañera, las aprisionan, lo que le da libre acceso a la parte más íntima de mí.

—Oh... por favor —susurro.

El cuerpo se me queda rígido e intento estirar las piernas. Soy una esclava sexual de este hombre, que no me deja mover.

—Creo que ya estás lo suficientemente limpia —murmura.

Y se detiene.

¿Qué? ¡No! ¡No! ¡No! Mi respiración es irregular.

—¿Por qué te paras? —le pregunto jadeando.

—Porque tengo otros planes para ti, Anastasia.

¿Qué...? Vaya... pero... estaba... No es justo.

—Date la vuelta. Yo también tengo que lavarme —murmura.

¡Oh! Me doy la vuelta y me quedo pasmada al ver que se agarra con fuerza el miembro erecto. Abro la boca.

—Quiero que, para empezar, conozcas bien la parte más valiosa de mi cuerpo, mi favorita. Le tengo mucho cariño.

Es enorme, cada vez más. El miembro erecto queda por encima del agua, que le llega a las caderas. Levanto los ojos un segundo y observo su sonrisa perversa. Le divierte mi expresión atónita. Me doy cuenta de que estoy mirando fijamente su miembro. Trago saliva. ¡Todo eso ha estado dentro de mí! Parece imposible. Quiere que lo toque. Mmm... de acuerdo, adelante.

Le sonrío, cojo el gel y me echo un chorrillo en la mano. Hago lo mismo que él: me froto el jabón en las manos hasta que se forma espuma. No aparto los ojos de los suyos. Entreabro los labios para que me resulte más fácil respirar... y deliberadamente me muerdo el labio inferior y luego paso la lengua por encima, por la zona que acabo de morderme. Me mira con ojos serios, impenetrables, que se abren mientras deslizo la lengua por el labio. Me inclino y le rodeo el miembro con una mano, imitando la manera en que se lo agarra él mismo. Cierra un momento los ojos. Uau... es mucho más duro de lo que pensaba. Aprieto y él coloca su mano sobre la mía.

—Así —susurra.

Y mueve la mano arriba y abajo sujetándome con fuerza los dedos, que a su vez aprietan con fuerza su miembro. Cierra de nuevo los ojos y contiene la respiración. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada es de un gris abrasador.

—Muy bien, nena.

Me suelta la mano, deja que siga yo sola y cierra los ojos mientras la muevo arriba y abajo. Flexiona ligeramente las caderas hacia mi mano, y de forma refleja lo aprieto con más fuerza. Desde lo más profundo de la garganta se le escapa un ronco gemido. Fóllame la boca... Mmm. Lo recuerdo metiéndome el pulgar en la boca y pidiéndome que se lo chupara con fuerza. Abre la boca a medida que su respiración se acelera. Tiene los ojos cerrados. Me inclino, coloco los labios alrededor de su miembro y chupo de forma vacilante, deslizando la lengua por la punta.

—Uau... Ana.

Abre mucho los ojos y sigo chupando.

Mmm... Es duro y blando a la vez, como acero recubierto de terciopelo, y sorprendentemente sabroso, salado y suave.

—Dios —gime.

Y vuelve a cerrar los ojos.

Introduzco la boca hasta el fondo y vuelve a gemir. ¡Ja! La diosa que llevo dentro está encantada. Puedo hacerlo. Puedo follármelo con la boca. Vuelvo a girar la lengua alrededor de la punta, y él se arquea y levanta las caderas. Ha abierto los ojos, que despiden fuego. Vuelve a arquearse apretando los dientes. Me apoyo en sus muslos y clavo la boca hasta el fondo. Siento en las manos que sus piernas se tensan. Me coge de las trenzas y empieza a moverse.

—Oh... nena... es fantástico —murmura.

Chupo más fuerte y paso la lengua por la punta de su impresionante erección. Se la presiono con la boca cubriéndome los dientes con los labios. Él espira con la boca entreabierta y gime.

—Dios, ¿hasta dónde puedes llegar? —susurra.

Mmm... Empujo con fuerza y siento su miembro en el fondo de la garganta, y luego en los labios otra vez. Paso la lengua por la punta. Es como un polo con sabor a... Christian Grey. Chupo cada vez más deprisa, empujando cada vez más hondo y girando la lengua alrededor. Mmm... No tenía ni idea de que proporcionar placer podía ser tan excitante, verlo retorcerse sutilmente de deseo carnal. La diosa que llevo dentro baila merengue con algunos pasos de salsa.

—Anastasia, voy a correrme en tu boca —me advierte jadeando—. Si no quieres, para.

Vuelve a empujar las caderas, con los ojos muy abiertos, cautelosos y llenos de lascivo deseo... Y me desea a mí. Desea mi boca... Madre mía.

Me agarra del pelo con fuerza. Yo puedo. Empujo todavía con más fuerza y de pronto, en un momento de insólita seguridad en mí misma, descubro los dientes. Llega al límite. Grita, se queda inmóvil y siento un líquido caliente y salado deslizándose por mi garganta. Me lo trago rápidamente. Uf... No sé si he hecho bien. Pero me basta con mirarlo para que no me importe... He conseguido que perdiera el control en la bañera. Me incorporo y lo observo con una sonrisa triunfal que me eleva las comisuras de la boca. Respira entrecortadamente. Abre los ojos y me mira.

—¿No tienes arcadas? —me pregunta atónito—. Dios, Ana... ha estado... muy bien, de verdad, muy bien. Aunque no lo esperaba. —Frunce el ceño—. ¿Sabes? No dejas de sorprenderme.

Sonríó y me muerdo el labio conscientemente. Me mira interrogante.

—¿Lo habías hecho antes?

—No.

No puedo ocultar un ligero matiz de orgullo en mi negativa.

—Bien —me dice complacido y, según creo, aliviado—. Otra novedad, señorita Steele. —Me evalúa con la mirada—. Bueno, tienes un sobresaliente en técnicas orales. Ven, vamos a la cama. Te debo un orgasmo.

¡Otro orgasmo!

Sale rápidamente de la bañera y me ofrece la primera imagen íntegra del Adonis de divinas proporciones que es Christian Grey. La diosa que llevo dentro ha dejado de bailar y lo observa también, boquiabierto y babeando. Su erección se ha reducido, pero sigue siendo importante... Uau. Se enrolla una toalla pequeña en la cintura para cubrirse mínimamente y saca otra más grande y suave, de color blanco, para mí. Salgo de la bañera y le cojo la mano que me tiende. Me envuelve en la toalla, me abraza y me besa con fuerza, metiéndome la lengua en la boca. Deseo estirar los brazos y abrazarlo... tocarlo... pero los tengo atrapados dentro de la toalla. No tardo en perderme en su beso. Me sujeta la cabeza con las manos, me recorre la boca con la lengua y me da la sensación de que está expresándome su gratitud... ¿quizá por mi primera felación?

Se aparta un poco, con las manos a ambos lados de mi cara, y me mira a los ojos. Parece perdido.

—Dime que sí —susurra fervientemente.

Frunzo el ceño, porque no lo entiendo.

—¿A qué?

—A nuestro acuerdo. A ser mía. Por favor, Ana —susurra suplicante, recalcando el «por favor» y mi nombre.

Vuelve a besarme con pasión, y luego se aparta y me mira parpadeando. Me coge de la mano y me conduce de vuelta al dormitorio. Me tambaleo un poco, así que lo sigo mansamente, aturdida. Lo desea de verdad.

Ya en el dormitorio, me observa junto a la cama.

—¿Confías en mí? —me pregunta de pronto.

Asiento con los ojos muy abiertos, y de pronto me doy cuenta de que efectivamente confío en él. ¿Qué va a hacerme ahora? Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

—Buena chica —me dice pasándome el pulgar por el labio inferior.



Se acerca al armario y vuelve con una corbata gris de seda.

—Junta las manos por delante —me ordena quitándome la toalla y tirándola al suelo.

Hago lo que me pide. Me rodea las muñecas con la corbata y hace un nudo apretado. Los ojos le brillan de excitación. Tira de la corbata para asegurarse de que el nudo no se mueve. Tiene que haber sido boyscout para saber hacer estos nudos. ¿Y ahora qué? Se me ha disparado el pulso y el corazón me late a un ritmo frenético. Desliza los dedos por mis trenzas.

—Pareces muy joven con estas trenzas —murmura acercándose a mí.

Retrocedo instintivamente hasta que siento la cama detrás de las rodillas. Se quita la toalla, pero no puedo apartar los ojos de su cara. Su expresión es ardiente, llena de deseo.

—Oh, Anastasia, ¿qué voy a hacer contigo? —me susurra.

Me tiende sobre la cama, se tumba a mi lado y me levanta las manos por encima de la cabeza.

—Deja las manos así. No las muevas. ¿Entendido?

Sus ojos abrasan los míos y su intensidad me deja sin aliento. No es un hombre al que quisiera hacer enfadar.

—Contéstame —me pide en voz baja.

—No moveré las manos —le contesto sin aliento.

—Buena chica —murmura.

Y deliberadamente se pasa la lengua por los labios muy despacio. Me fascina su lengua recorriendo lentamente su labio superior. Me mira a los ojos, me observa, me examina. Se inclina y me da un casto y rápido beso en los labios.

—Voy a besarle todo el cuerpo, señorita Steele —me dice en voz baja.

Me agarra de la barbilla y me la levanta, lo que le da acceso a mi cuello. Sus labios se deslizan por él, descienden por mi cuello besándome, chupándome y mordisqueándome. Todo mi cuerpo vibra expectante. El baño me ha dejado la piel hipersensible. La sangre caliente desciende lentamente hasta mi vientre, entre las piernas, hasta mi sexo. Gimo.

Quiero tocarlo. Muevo las manos, pero, como estoy atada, le toco el pelo con bastante torpeza. Deja de besarme, levanta los ojos y mueve la cabeza de un lado a otro chasqueando la lengua. Me sujeta las manos y vuelve a colocármelas por encima de la cabeza.

—Si mueves las manos, tendremos que volver a empezar —me regaña suavemente.

Oh, le gusta hacerme rabiar.

—Quiero tocarte —le digo jadeando sin poder controlarme.

—Lo sé —murmura—. Pero deja las manos quietas.

Oh... es muy frustrante. Sus manos descienden por mi cuerpo hasta mis pechos mientras sus labios se deslizan por mi cuello. Me lo acaricia con la punta de la nariz, y luego, con la boca, da inicio a una lenta travesía hacia el sur y sigue el rastro de sus manos por el esternón hasta mis pechos. Me besa y me mordisquea uno, luego el otro, y me chupa suavemente los pezones. Maldita sea. Mis caderas empiezan a balancearse y a moverse por su cuenta, siguiendo el ritmo de su boca, y yo intento desesperadamente recordar que tengo que mantener las manos por encima de la cabeza.

—No te muevas —me advierte.

Siento su cálida respiración sobre mi piel. Llega a mi ombligo, introduce la lengua y me roza la barriga con los dientes. Mi cuerpo se arquea.

—Mmm. Qué dulce es usted, señorita Steele.

Desliza la nariz desde mi ombligo hasta mi vello púbico mordiéndome suavemente y provocándome con la lengua. De pronto se arrodilla a mis pies, me agarra de los tobillos y me separa las piernas.

Madre mía. Me coge del pie izquierdo, me dobla la rodilla y se lleva el pie a la boca. Sin dejar de observar mis reacciones, besa todos mis dedos y luego me muerde suavemente las yemas. Cuando llega al meñique, lo muerde con más fuerza. Siento una convulsión y gimo suavemente. Desliza la lengua por el empeine... y ya no puedo seguir mirándolo. Es demasiado erótico. Voy a explotar. Aprieto los ojos e intento absorber y soportar todas las sensaciones que me provoca. Me besa el tobillo y sigue su recorrido por la pantorrilla hasta la rodilla, donde se detiene. Entonces empieza con el pie derecho, y repite todo el seductor y asombroso proceso.

Me muerde el meñique, y el mordisco se proyecta en lo más profundo de mi vientre.

—Por favor —gimo.

—Lo mejor para usted, señorita Steele —me dice.

Esta vez no se detiene en la rodilla. Sigue por la parte interior del muslo y a la vez me separa más las piernas. Sé lo que va a hacer, y parte de mí quiere apartarlo,

porque me muero de vergüenza. Va a besarme el sexo. Lo sé. Pero otra parte de mí disfruta esperándolo. Se gira hacia la otra rodilla y sube hasta el muslo besándome, chupándome, lamiéndome, y de pronto está entre mis piernas, deslizando la nariz por mi sexo, arriba y abajo, muy suavemente, con mucha delicadeza. Me retuerzo... Madre mía.

Se detiene y espera a que me calme. Levanto la cabeza y lo miro con la boca abierta. Mi acelerado corazón intenta tranquilizarse.

—¿Sabe lo embriagador que es su olor, señorita Steele? —murmura.

Sin apartar sus ojos de los míos, introduce la nariz en mi vello púbico e inhala.

Me ruborizo, siento que voy a desmayarme y cierro los ojos al instante. No puedo verlo haciendo algo así.

Me recorre muy despacio el sexo. Oh, joder...

—Me gusta —me dice tirando suavemente de mi vello púbico—. Quizá lo conservaremos.

—Oh... por favor —le suplico.

—Mmm... Me gusta que me supliques, Anastasia.

Gimo.

—No suelo pagar con la misma moneda, señorita Steele —susurra deslizándose por mi sexo—, pero hoy me ha complacido, así que tiene que recibir su recompensa.

Oigo en su voz la sonrisa perversa, y mientras mi cuerpo palpita con sus palabras, empieza a rodearme el clítoris con la lengua muy despacio, sujetándome los muslos con las manos.

—¡Ahhh! —gimo.

Mi cuerpo se arquea y se convulsiona al contacto de su lengua.

Sigue torturándome con la lengua una y otra vez. Pierdo la conciencia de mí misma. Todas las partículas de mi ser se concentran en el pequeño punto neurálgico por encima de los muslos. Las piernas se me quedan rígidas. Oigo su gemido mientras me introduce un dedo.

—Nena, me encanta que estés tan mojada para mí.

Mueve el dedo trazando un amplio círculo, expandiéndome, empujándome, y su lengua sigue el compás del dedo alrededor de mi clítoris. Gimo. Es demasiado... Mi cuerpo me suplica que lo alivie, y no puedo seguir negándome. Me dejo ir. El orgasmo se apodera de mí y pierdo todo pensamiento coherente, me

retuerzo por dentro una y otra vez. ¡Madre mía! Grito, y el mundo se desmorona y desaparece de mi vista mientras la fuerza de mi clímax lo anula y lo vacía todo.

Mis jadeos apenas me permiten oír cómo rasga el paquetito plateado. Me penetra lentamente y empieza a moverse. Oh... Dios mío. La sensación es dolorosa y dulce, fuerte y suave a la vez.

—¿Cómo estás? —me pregunta en voz baja.

—Bien. Muy bien —le contesto.

Y empieza a moverse muy deprisa, hasta el fondo, me embiste una y otra vez, implacable, empuja y vuelve a empujar hasta que vuelvo a estar al borde del abismo. Gimoteo.

—Córrete para mí, nena.

Me habla al oído con voz áspera, dura y salvaje, y exploto mientras bombea rápidamente dentro de mí.

—Un polvo de agradecimiento —susurra.

Empuja fuerte una vez más y gime al llegar al clímax apretándose contra mí. Luego se queda inmóvil, con el cuerpo rígido.

Se desploma encima de mí. Siento su peso aplastándome contra el colchón. Paso mis manos atadas alrededor de su cuello y lo abrazo como puedo. En este momento sé que haría cualquier cosa por este hombre. Soy suya. La maravilla que está enseñándome es mucho más de lo que jamás habría podido imaginar. Y quiere ir más allá, mucho más allá, a un lugar que mi inocencia ni siquiera puede imaginar. Oh... ¿qué debo hacer?

Se apoya en los codos, y sus intensos ojos grises me miran fijamente.

—¿Ves lo buenos que somos juntos? —murmura—. Si te entregas a mí, será mucho mejor. Confía en mí, Anastasia. Puedo transportarte a lugares que ni siquiera sabes que existen.

Sus palabras se hacen eco de mis pensamientos. Pega su nariz a la mía. Todavía no me he recuperado de mi insólita reacción física y lo miro con la mente en blanco, buscando algún pensamiento coherente.

De pronto oímos voces en el salón, al otro lado del dormitorio. Tardo un momento en procesar lo que estoy oyendo.

—*Si todavía está en la cama, tiene que estar enfermo. Nunca está en la cama a estas horas. Christian nunca se levanta tarde.*

—*Señora Grey, por favor.*

—Taylor, no puedes impedirme ver a mi hijo.

—Señora Grey, no está solo.

—¿Qué quiere decir que no está solo?

—Está con alguien.

—Oh...

Hasta yo me doy cuenta de que le cuesta creérselo.

Christian parpadea y me mira con los ojos como platos, fingiendo estar aterrorizado.

—¡Mierda! Mi madre.

De repente sale de mi cuerpo y me estremezco. Se sienta en la cama y tira el condón usado en una papelera.

—Vamos, tenemos que vestirnos... si quieres conocer a mi madre.

Sonríe, se levanta de la cama y se pone los vaqueros... sin calzoncillos. Intento incorporarme, pero sigo atada.

—Christian... no puedo moverme.

Su sonrisa se acentúa. Se inclina y me desata la corbata, que me ha dejado la marca de la tela en las muñecas. Es... sexy. Me observa divertido, con ojos danzarines. Me besa rápidamente en la frente y me sonríe.

—Otra novedad —admite.

No tengo ni idea de lo que quiere decir.

—No tengo ropa limpia.

De pronto el pánico se apodera de mí, y teniendo en cuenta la experiencia que acabo de vivir, el pánico me parece insoportable. ¡Su madre! Maldita sea. No tengo ropa limpia y prácticamente nos ha pillado in fraganti.

—Quizá debería quedarme aquí.

—No, claro que no —me contesta en tono amenazador—. Puedes ponerte algo mío.

Se ha puesto una camiseta y se pasa la mano por el pelo revuelto. Aunque estoy muy nerviosa, me quedo embobada. Su belleza es arrebatadora.

—Anastasia, estarías preciosa hasta con un saco. No te preocupes, por favor. Me gustaría que conocieras a mi madre. Vístete. Voy a calmarla un poco. —Aprieta los labios—. Te espero en el salón dentro de cinco minutos. Si no, vendré a buscarte y te arrastraré llevés lo que llevés puesto. Mis camisetas están en ese cajón. Las camisas, en el armario. Sírvete tú misma.

Me mira un instante inquisitivo y sale de la habitación.

Maldita sea, la madre de Christian. Es mucho más de lo que esperaba. Quizá conocerla me permita colocar algunas piezas del puzle. Podría ayudarme a entender por qué Christian es como es... De pronto quiero conocerla. Recojo mi blusa del suelo y me alegra descubrir que ha sobrevivido a la noche sin apenas arrugas. Encuentro el sujetador azul debajo de la cama y me visto a toda prisa. Pero si hay algo que odio es no llevar las bragas limpias. Me dirijo a la cómoda de Christian y busco entre sus calzoncillos. Me pongo unos Calvin Klein ajustados, los vaqueros y las Converse.

Cojo la chaqueta, corro al cuarto de baño y observo mis ojos demasiado brillantes, mi cara colorada... y mi pelo. Dios mío... Las trenzas despeinadas tampoco me quedan bien. Busco un cepillo, pero solo encuentro un peine. Menos da una piedra. Me recojo el pelo rápidamente, mirando desesperada la ropa que llevo. Quizá debería aceptar la oferta de Christian. Mi subconsciente frunce los labios y articula la palabra «ja». No le hago caso. Me pongo la chaqueta y me alegro de que los puños cubran las marcas de la corbata. Nerviosa, me miro por última vez en el espejo. Es lo que hay. Me dirijo al salón.

—Aquí está —dice Christian levantándose del sofá.

Me mira con expresión cálida y agradecida. La mujer rubia que está a su lado se gira y me dedica una amplia sonrisa. Se levanta también. Va impecable, con un vestido de punto marrón claro y zapatos a juego, arreglada y elegante. Está muy guapa, y me mortifico un poco pensando que yo voy hecha un desastre.

—Mamá, te presento a Anastasia Steele. Anastasia, esta es Grace Trevelyan-Grey.

La doctora Trevelyan-Grey me tiende la mano. T... ¿de Trevelyan? Su inicial.

—Encantada de conocerte —murmura.

Si no me equivoco, en su voz hay un matiz de sorpresa, quizá de inmenso alivio, y sus ojos castaños emiten un cálido destello. Le estrecho la mano y no puedo evitar sonreír, devolverle su calidez.

—Doctora Trevelyan-Grey —digo en voz baja.

—Llámame Grace. —Sonríe, y Christian frunce el ceño—. Suelen llamarme doctora Trevelyan, y la señora Grey es mi suegra. —Me guiña un ojo—. Bueno, ¿y cómo os conocisteis? —pregunta mirando interrogante a Christian, incapaz de ocultar su curiosidad.

—Anastasia me hizo una entrevista para la revista de la facultad, porque esta semana voy a entregar los títulos.

Mierda, mierda. Lo había olvidado.

—Así que te gradúas esta semana... —me dice Grace.

—Sí.

Empieza a sonar mi móvil. Apuesto a que es Kate.

—Disculpadme.

El teléfono está en la cocina. Me acerco y lo cojo de la barra sin mirar quién me llama.

—Kate.

—¡Dios mío! ¡Ana!

Maldita sea, es José. Parece desesperado.

—¿Dónde estás? Te he llamado veinte veces. Tengo que verte. Quiero pedirte perdón por lo del viernes. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

—Mira, José, ahora no es un buen momento.

Miro muy nerviosa a Christian, que me observa atentamente, con rostro impasible, mientras murmura algo a su madre. Le doy la espalda.

—¿Dónde estás? Kate me ha dado largas —se queja.

—En Seattle.

—¿Qué haces en Seattle? ¿Estás con él?

—José, te llamo más tarde. No puedo hablar ahora.

Y cuelgo.

Vuelvo con toda tranquilidad con Christian y su madre. Grace está en pleno parloteo.

—... y Elliot me llamó para decirme que estabas por aquí... Hace dos semanas que no te veo, cariño.

—¿Elliot lo sabía? —pregunta Christian mirándome con expresión indescifrable.

—Pensé que podríamos comer juntos, pero ya veo que tienes otros planes, así que no quiero interrumpiros.

Coge su largo abrigo de color crema, se lo pone y le acerca la mejilla. Christian la besa rápidamente. Ella no le toca.

—Tengo que llevar a Anastasia a Portland.

—Claro, cariño. Anastasia, un placer conocerte. Espero que volvamos a vernos.

Me tiende la mano con ojos brillantes, y se la estrecho.



Taylor aparece procedente... ¿de dónde?

—Señora Grey...

—Gracias, Taylor.

La sigue por el salón y cruza detrás de ella la doble puerta que da al vestíbulo. ¿Taylor ha estado aquí todo el tiempo? ¿Cuánto lleva aquí? ¿Dónde ha estado?

Christian me mira.

—Así que te ha llamado el fotógrafo...

Mierda.

—Sí.

—¿Qué quería?

—Solo pedirme perdón, ya sabes... por lo del viernes.

Christian arruga la frente.

—Ya veo —se limita a decirme.

Taylor vuelve a aparecer.

—Señor Grey, hay un problema con el envío a Darfur.

Christian asiente bruscamente haciéndole callar.

—¿El Charlie Tango ha vuelto a Boeing Field?

—Sí, señor. —Me mira e inclina la cabeza—. Señorita Steele.

Le sonrío torpemente, se gira y se marcha.

—¿Taylor vive aquí?

—Sí —me contesta cortante.

¿Qué le pasa ahora?

Christian va a la cocina, coge su BlackBerry y echa un vistazo a los e-mails, supongo. Está muy serio. Hace una llamada.

—Ros, ¿cuál es el problema? —pregunta bruscamente.

Escucha sin dejar de mirarme con ojos interrogantes. Yo estoy en medio del enorme salón preguntándome qué hacer, totalmente cohibida y fuera de lugar.

—No voy a poner en peligro a la tripulación. No, cancelalo... Lo lanzaremos desde el aire... Bien.

Cuelga. La calidez de sus ojos ha desaparecido. Parece hostil. Me lanza una

rápida mirada, se dirige a su estudio y vuelve al momento.

—Este es el contrato. Léelo y lo comentamos el fin de semana que viene. Te sugiero que investigues un poco para que sepas de lo que estamos hablando. —Se calla un momento—. Bueno, si aceptas, y espero de verdad que aceptes —añade en tono más suave, nervioso.

—¿Que investigue?

—Te sorprendería saber lo que puedes encontrar en internet —murmura.

¡Internet! No tengo ordenador, solo el portátil de Kate, y, por supuesto, no puedo utilizar el de Clayton's para este tipo de «investigación».

—¿Qué pasa? —me pregunta ladeando la cabeza.

—No tengo ordenador. Suelo utilizar los de la facultad. Veré si puedo utilizar el portátil de Kate.

Me tiende un sobre de papel manila.

—Seguro que puedo... bueno... prestarte uno. Recoge tus cosas. Volveremos a Portland en coche y comeremos algo por el camino. Voy a vestirme.

—Tengo que hacer una llamada —murmuro.

Solo quiero oír la voz de Kate. Christian pone mala cara.

—¿Al fotógrafo?

Se le tensa la mandíbula y le arden los ojos. Parpadeo.

—No me gusta compartir, señorita Steele. Recuérdelo —me advierte con estremecedora tranquilidad.

Me lanza una larga y fría mirada y se dirige al dormitorio.

Maldita sea. Solo quería llamar a Kate. Quiero llamarla delante de él, pero su repentina actitud distante me ha dejado paralizada. ¿Qué ha pasado con el hombre generoso, relajado y sonriente que me hacía el amor hace apenas media hora?

—¿Lista? —me pregunta Christian junto a la puerta doble del vestíbulo.

Asiento, insegura. Ha recuperado su tono distante, educado y convencional. Ha vuelto a ponerse la máscara. Lleva una bolsa de piel al hombro. ¿Para qué la necesita? Quizá va a quedarse en Portland. Entonces recuerdo la entrega de títulos. Sí, claro... Estará en Portland el jueves. Lleva una cazadora negra de cuero. Vestido así, sin duda no parece un multimillonario. Parece un chico descarriado, quizá una rebelde estrella de rock o un modelo de pasarela. Suspiro por dentro deseando

tener una décima parte de su elegancia. Es tan tranquilo y controlado... Frunzo el ceño al recordar su arrebató por la llamada de José... Bueno, al menos parece que lo es.

Taylor está esperando al fondo.

—Mañana, pues —le dice a Taylor.

—Sí, señor —le contesta Taylor asintiendo—. ¿Qué coche va a llevarse?

Me lanza una rápida mirada.

—El R8.

—Buen viaje, señor Grey. Señorita Steele.

Taylor me mira con simpatía, aunque quizá en lo más profundo de sus ojos se esconda una pizca de lástima.

Sin duda cree que he sucumbido a los turbios hábitos sexuales del señor Grey. Bueno, a sus excepcionales hábitos sexuales... ¿o quizá el sexo sea así para todo el mundo? Frunzo el ceño al pensarlo. No tengo nada con lo que compararlo y por lo visto no puedo preguntárselo a Kate. Así que tendré que hablar del tema con Christian. Sería perfectamente natural poder hablar de ello con alguien... pero no puedo hablar con Christian si de repente se muestra extrovertido y al minuto siguiente distante.

Taylor nos sujeta la puerta para que salgamos. Christian llama al ascensor.

—¿Qué pasa, Anastasia? —me pregunta.

¿Cómo sabe que estoy dándole vueltas a algo? Alza una mano y me levanta la barbilla.

—Deja de morderte el labio o te follaré en el ascensor, y me dará igual si entra alguien o no.

Me ruborizo, pero sus labios esbozan una ligera sonrisa. Al final parece que está recuperando el sentido del humor.

—Christian, tengo un problema.

—¿Ah, sí? —me pregunta observándome con atención.

Llega el ascensor. Entramos y Christian pulsa el botón del parking.

—Bueno...

Me ruborizo. ¿Cómo explicárselo?

—Necesito hablar con Kate. Tengo muchas preguntas sobre sexo, y tú estás demasiado implicado. Si quieres que haga todas esas cosas, ¿cómo voy a saber...?

—Ya veo.

Paul se queda alicaído, incluso aturdido, y a una pequeña parte de mí le molesta que le haya sorprendido tanto. A la diosa que llevo dentro también. Dedica a Paul un gesto muy feo y vulgar con los dedos.

Al final me deja tranquila, y a las cinco en punto salgo corriendo de la tienda.

Kate me ha prestado dos vestidos y dos pares de zapatos para esta noche y para el acto de mañana. Ojalá me entusiasmara más la ropa y pudiera hacer un esfuerzo extra, pero la verdad es que la ropa no es lo mío. ¿Qué es lo tuyo, Anastasia? La pregunta a media voz de Christian me persigue. Intento acallar mis nervios y elijo el vestido color ciruela para esta noche. Es discreto y parece adecuado para una cita de negocios. Después de todo, voy a negociar un contrato.

Me ducho, me depilo las piernas y las axilas, me lavo el pelo y luego me paso una buena media hora secándomelo para que caiga ondulado sobre mis pechos y mi espalda. Me sujeto el cabello con un peine de púas para mantenerlo retirado de la cara y me aplico rímel y brillo de labios. Casi nunca me maquillo. Me intimida. Ninguna de mis heroínas literarias tiene que maquillarse. Quizá sabría algo más del tema si lo hicieran. Me pongo los zapatos de tacón a juego con el vestido, y hacia las seis y media estoy lista.

—¿Cómo estoy? —le pregunto a Kate.

Se ríe.

—Vas a arrasarlo, Ana. —Asiente satisfecha—. Estás de escándalo.

—¡De escándalo! Pretendo ir discreta y parecer una mujer de negocios.

—También, pero sobre todo estás de escándalo. Este vestido le va muy bien a tu tono de piel. Y se te marca todo —me dice con una sonrisita.

—¡Kate! —la riño.

—Las cosas como son, Ana. La impresión general es... muy buena. Con vestido, lo tendrás comiendo en tu mano.

Aprieto los labios. Ay, no entiendes nada.

—Deséame suerte.

—¿Necesitas suerte para quedar con él? —me pregunta frunciendo el ceño, confundida.

—Sí, Kate.

—Bueno, pues entonces suerte.

Me abraza y salgo de casa.

Tengo que quitarme los zapatos para conducir. Wanda, mi Escarabajo azul marino, no fue diseñado para que lo condujeran mujeres con tacones. Aparco frente al Heathman a las siete menos dos minutos exactamente y le doy las llaves al aparcacoches. Mira con mala cara mi Escarabajo, pero no le hago caso. Respiro hondo, me preparo mentalmente para la batalla y me dirijo al hotel.

Christian está inclinado sobre la barra, bebiendo un vaso de vino blanco. Va vestido con su habitual camisa blanca de lino, vaqueros negros, corbata negra y americana negra. Lleva el pelo tan alborotado como siempre. Suspiro. Me quedo unos segundos parada en la entrada del bar, observándolo, admirando la vista. Él lanza una mirada, creo que nerviosa, hacia la puerta y al verme se queda inmóvil. Pestañea un par de veces y después esboza lentamente una sonrisa indolente y sexy que me deja sin palabras y me derrite por dentro. Avanzo hacia él haciendo un enorme esfuerzo para no morderme el labio, consciente de que yo, Anastasia Steele de Patosilandia, llevo tacones. Se levanta y viene hacia mí.

—Estás impresionante —murmura inclinándose para besarme rápidamente en la mejilla—. Un vestido, señorita Steele. Me parece muy bien.

Me coge de la mano, me lleva a un reservado y hace un gesto al camarero.

—¿Qué quieres tomar?

Esbozo una ligera sonrisa mientras me siento en el reservado. Bueno, al menos me pregunta.

—Tomaré lo mismo que tú, gracias.

¿Lo ves? Sé hacer mi papel y comportarme. Divertido, pide otro vaso de Sancerre y se sienta frente a mí.

—Tienen una bodega excelente —me dice.

Apoya los codos en la mesa y junta los dedos de ambas manos a la altura de la boca. En sus ojos brilla una incomprensible emoción. Y ahí está... esa habitual descarga eléctrica que conecta con lo más profundo de mí. Me remuevo incómoda ante su mirada escrutadora, con el corazón laténdome a toda prisa. Tengo que mantener la calma.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta amablemente.

—Sí.

Se inclina hacia delante.

—Yo también —susurra con complicidad.

Clavo mis ojos en los suyos. ¿Él? ¿Nervioso? Nunca. Pestañeo y me dedica su preciosa sonrisa de medio lado. Llega el camarero con mi vino, un platito con frutos secos y otro con aceitunas.

—¿Cómo lo hacemos? —le pregunto—. ¿Revisamos mis puntos uno a uno?

—Siempre tan impaciente, señorita Steele.

—Bueno, puedo preguntarte por el tiempo.

Sonríe y coge una aceituna con sus largos dedos. Se la mete en la boca, y mis ojos se demoran en ella, en esa boca que ha estado sobre la mía... en todo mi cuerpo. Me ruborizo.

—Creo que el tiempo hoy no ha tenido nada de especial —me dice riéndose.

—¿Está riéndose de mí, señor Grey?

—Sí, señorita Steele.

—Sabes que ese contrato no tiene ningún valor legal.

—Soy perfectamente consciente, señorita Steele.

—¿Pensabas decírmelo en algún momento?

Frunce el ceño.

—¿Crees que estoy coaccionándote para que hagas algo que no quieres hacer, y que además pretendo tener algún derecho legal sobre ti?

—Bueno... sí.

—No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad?

—No has contestado a mi pregunta.

—Anastasia, no importa si es legal o no. Es un acuerdo al que me gustaría llegar contigo... lo que me gustaría conseguir de ti y lo que tú puedes esperar de mí. Si no te gusta, no lo firmes. Si lo firmas y después decides que no te gusta, hay suficientes cláusulas que te permitirán dejarlo. Aun cuando fuera legalmente vinculante, ¿crees que te llevaría a juicio si decides marcharte?

Doy un largo trago de vino. Mi subconsciente me da un golpecito en el hombro. Tienes que estar atenta. No bebas demasiado.

—Las relaciones de este tipo se basan en la sinceridad y en la confianza —sigue diciéndome—. Si no confías en mí... Tienes que confiar en mí para que sepa en qué medida te estoy afectando, hasta dónde puedo llegar contigo, hasta dónde puedo llevarte... Si no puedes ser sincera conmigo, entonces es imposible.

Vaya, directamente al grano. Hasta dónde puede llevarme. Dios mío. ¿Qué

quiere decir?

—Es muy sencillo, Anastasia. ¿Confías en mí o no? —me pregunta con ojos ardientes.

—¿Has mantenido este tipo de conversación con... bueno, con las quince?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya eran sumisas. Sabían lo que querían de la relación conmigo, y en general lo que yo esperaba. Con ellas fue una simple cuestión de afinar los límites tolerables, ese tipo de detalles.

—¿Vas a buscarlas a alguna tienda? ¿Sumisas 'R' Us?

Se ríe.

—No exactamente.

—Pues ¿cómo?

—¿De eso quieres que hablemos? ¿O pasamos al meollo de la cuestión? A las objeciones, como tú dices.

Trago saliva. ¿Confío en él? ¿A eso se reduce todo, a la confianza? Sin duda debería ser cosa de dos. Recuerdo su mosqueo cuando llamé a José.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, y me distrae de mis pensamientos.

Oh, no... la comida.

—No.

—¿Has comido hoy?

Lo miro. Sinceramente... Maldita sea, no va a gustarle mi respuesta.

—No —le contesto en voz baja.

Me mira con expresión muy seria.

—Tienes que comer, Anastasia. Podemos cenar aquí o en mi suite. ¿Qué prefieres?

—Creo que mejor nos quedamos en terreno neutral.

Sonríe con aire burlón.

—¿Crees que eso me detendría? —me pregunta en voz baja, como una sensual advertencia.

Abro los ojos como platos y vuelvo a tragar saliva.

—Eso espero.

—Vamos, he reservado un comedor privado.

Me sonrío enigmáticamente y sale del reservado tendiéndome una mano.

—Tráete el vino —murmura.

Le cojo de la mano, salgo y me paro a su lado. Me suelta la mano, me toma del brazo, cruzamos el bar y subimos una gran escalera hasta un entresuelo. Un chico con uniforme del Heathman se acerca a nosotros.

—Señor Grey, por aquí, por favor.

Lo seguimos por una lujosa zona de sofás hasta un comedor privado, con una sola mesa. Es pequeño, pero suntuoso. Bajo una lámpara de araña encendida, la mesa está cubierta por lino almidonado, copas de cristal, cubertería de plata y un ramo de rosas blancas. Un encanto antiguo y sofisticado impregna la sala, forrada con paneles de madera. El camarero me retira la silla y me siento. Me coloca la servilleta en las rodillas. Christian se sienta frente a mí. Lo miro.

—No te muerdas el labio —susurra.

Frunzo el ceño. Maldita sea. Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba haciéndolo.

—Ya he pedido la comida. Espero que no te importe.

La verdad es que me parece un alivio. No estoy segura de que pueda tomar más decisiones.

—No, está bien —le contesto.

—Me gusta saber que puedes ser dócil. Bueno, ¿dónde estábamos?

—En el meollo de la cuestión.

Doy otro largo trago de vino. Está buenísimo. A Christian Grey se le dan bien los vinos. Recuerdo el último trago que me ofreció, en mi cama. El inoportuno pensamiento hace que me ruborice.

—Sí, tus objeciones.

Se mete la mano en el bolsillo interior de la americana y saca una hoja de papel. Mi e-mail.

—Cláusula 2. De acuerdo. Es en beneficio de los dos. Volveré a redactarlo.

Pestañeo. Dios mío... vamos a ir punto por punto. No me siento tan valiente estando con él. Parece tomárselo muy en serio. Me armo de valor con otro trago de vino. Christian sigue.



—Mi salud sexual. Bueno, todas mis compañeras anteriores se hicieron análisis de sangre, y yo me hago pruebas cada seis meses de todos estos riesgos que comentas. Mis últimas pruebas han salido perfectas. Nunca he tomado drogas. De hecho, estoy totalmente en contra de las drogas, y mi empresa lleva una política antidrogas muy estricta. Insisto en que se hagan pruebas aleatorias y por sorpresa a mis empleados para detectar cualquier posible consumo de drogas.

Uau... La obsesión controladora llega a la locura. Lo miro perpleja.

—Nunca me han hecho una transfusión. ¿Contesta eso a tu pregunta?

Asiento, impasible.

—El siguiente punto ya lo he comentado antes. Puedes dejarlo en cualquier momento, Anastasia. No voy a detenerte. Pero si te vas... se acabó. Que lo sepas.

—De acuerdo —le contesto en voz baja.

Si me voy, se acabó. La idea me resulta inesperadamente dolorosa.

El camarero llega con el primer plato. ¿Cómo voy a comer? Madre mía... ha pedido ostras sobre hielo.

—Espero que te gusten las ostras —me dice Christian en tono amable.

—Nunca las he probado.

Nunca.

—¿En serio? Bueno. —Coge una—. Lo único que tienes que hacer es metértelas en la boca y tragártelas. Creo que lo conseguirás.

Me mira y sé a qué está aludiendo. Me pongo roja como un tomate. Me sonrío, exprime zumo de limón en su ostra y se la mete en la boca.

—Mmm, riquísima. Sabe a mar —me dice sonriendo—. Vamos —me anima.

—¿No tengo que masticarla?

—No, Anastasia.

Sus ojos brillan divertidos. Parece muy joven.

Me muerdo el labio, y su expresión cambia instantáneamente. Me mira muy serio. Estiro el brazo y cojo mi primera ostra. Vale... esto no va a salir bien. Le echo zumo de limón y me la meto en la boca. Se desliza por mi garganta, toda ella mar, sal, la fuerte acidez del limón y su textura carnosa... Oooh. Me chupo los labios. Christian me mira fijamente, con ojos impenetrables.

—¿Y bien?

—Me comeré otra —me limito a contestarle.

—Buena chica —me dice orgulloso.

—¿Has pedido ostras a propósito? ¿No dicen que son afrodisiacas?

—No, son el primer plato del menú. No necesito afrodisiacos contigo. Creo que lo sabes, y creo que a ti te pasa lo mismo conmigo —me dice tranquilamente—. ¿Dónde estábamos?

Echa un vistazo a mi e-mail mientras cojo otra ostra.

A él le pasa lo mismo. Lo altero... Uau.

—Obedecerme en todo. Sí, quiero que lo hagas. Necesito que lo hagas. Considéralo un papel, Anastasia.

—Pero me preocupa que me hagas daño.

—Que te haga daño ¿cómo?

—Daño físico.

Y emocional.

—¿De verdad crees que te haría daño? ¿Que traspasaría un límite que no pudieras aguantar?

—Me dijiste que habías hecho daño a alguien.

—Sí, pero fue hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—La colgué del techo del cuarto de juegos. Es uno de los puntos que preguntabas, la suspensión. Para eso son los mosquetones. Con cuerdas. Y apreté demasiado una cuerda.

Levanto una mano suplicándole que se calle.

—No necesito saber más. Entonces no vas a colgarme...

—No, si de verdad no quieres. Puedes pasarlo a la lista de los límites infranqueables.

—De acuerdo.

—Bueno, ¿crees que podrás obedecerme?

Me lanza una mirada intensa. Pasan los segundos.

—Podría intentarlo —susurro.

—Bien —me dice sonriendo—. Ahora la vigencia. Un mes no es nada, especialmente si quieres un fin de semana libre cada mes. No creo que pueda aguantar lejos de ti tanto tiempo. Apenas lo consigo ahora.

Se calla.

¿No puede aguantar lejos de mí? ¿Qué?

—¿Qué te parece un día de un fin de semana al mes para ti? Pero te quedas conmigo una noche entre semana.

—De acuerdo.

—Y, por favor, intentémoslo tres meses. Si no te gusta, puedes marcharte en cualquier momento.

—¿Tres meses?

Me siento presionada. Doy otro largo trago de vino y me concedo el gusto de otra ostra. Podría aprender a que me gustaran.

—El tema de la posesión es meramente terminológico y remite al principio de obediencia. Es para situarte en el estado de ánimo adecuado, para que entiendas de dónde vengo. Y quiero que sepas que, en cuanto cruces la puerta de mi casa como mi sumisa, haré contigo lo que me dé la gana. Tienes que aceptarlo de buena gana. Por eso tienes que confiar en mí. Te follaré cuando quiera, como quiera y donde quiera. Voy a disciplinarte, porque vas a meter la pata. Te adiestraré para que me complazcas.

»Pero sé que todo esto es nuevo para ti. De entrada iremos con calma, y yo te ayudaré. Avanzaremos desde diferentes perspectivas. Quiero que confíes en mí, pero sé que tengo que ganarme tu confianza, y lo haré. El «en cualquier otro ámbito»... de nuevo es para ayudarte a meterte en situación. Significa que todo está permitido.

Se muestra apasionado, cautivador. Está claro que es su obsesión, su manera de ser... No puedo apartar los ojos de él. Lo quiere de verdad. Se calla y me mira.

—¿Sigues aquí? —me pregunta en un susurro, con voz intensa, cálida y seductora.

Da un trago de vino sin apartar su penetrante mirada de mis ojos.

El camarero se acerca a la puerta, y Christian asiente ligeramente para indicarle que puede retirar los platos.

—¿Quieres más vino?

—Tengo que conducir.

—¿Agua, pues?

Asiento.

—¿Normal o con gas?

—Con gas, por favor.

El camarero se marcha.

—Estás muy callada —me susurra Christian.

—Tú estás muy hablador.

Sonríe.

—Disciplina. La línea que separa el placer del dolor es muy fina, Anastasia. Son las dos caras de una misma moneda. La una no existe sin la otra. Puedo enseñarte lo placentero que puede ser el dolor. Ahora no me crees, pero a eso me refiero cuando hablo de confianza. Habrá dolor, pero nada que no puedas soportar. Volvemos al tema de la confianza. ¿Confías en mí, Ana?

¡Ana!

—Sí, confío en ti —le contesto espontáneamente, sin pensarlo.

Y es cierto. Confío en él.

—De acuerdo —me dice aliviado—. Lo demás son simples detalles.

—Detalles importantes.

—Vale, comentémoslos.

Me da vueltas la cabeza con tantas palabras. Tendría que haberme traído la grabadora de Kate para poder volver a oír después lo que me dice. Demasiada información, demasiadas cosas que procesar. El camarero vuelve a aparecer con el segundo plato: bacalao, espárragos y puré de patatas con salsa holandesa. En mi vida había tenido menos hambre.

—Espero que te guste el pescado —me dice Christian en tono amable.

Pincho mi comida y bebo un largo trago de agua con gas. Me gustaría mucho que fuera vino.

—Hablemos de las normas. ¿Rompes el contrato por la comida?

—Sí.

—¿Puedo cambiarlo y decir que comerás como mínimo tres veces al día?

—No.

No voy a ceder en este tema. Nadie va a decirme lo que tengo que comer. Cómo follo, de acuerdo, pero lo que como... no, ni hablar.

—Necesito saber que no pasas hambre.

Frunzo el ceño. ¿Por qué?

—Tienes que confiar en mí —le digo.

Me mira un instante y se relaja.

—*Touché*, señorita Steele —me dice en tono tranquilo—. Acepto lo de la comida y lo de dormir.

—¿Por qué no puedo mirarte?

—Es cosa de la relación de sumisión. Te acostumbrarás.

¿Seguro?

—¿Por qué no puedo tocarte?

—Porque no.

Aprieta los labios con obstinación.

—¿Es por la señora Robinson?

Me mira con curiosidad.

—¿Por qué lo piensas? —E inmediatamente lo entiende—. ¿Crees que me traumatizó?

Asiento.

—No, Anastasia, no es por ella. Además, la señora Robinson no me aceptaría estas chorradas.

Ah... pero yo sí tengo que aceptarlas. Pongo mala cara.

—Entonces no tiene nada que ver con ella...

—No. Y tampoco quiero que te toques.

¿Qué? Ah, sí, la cláusula de que no puedo masturbarme.

—Por curiosidad... ¿por qué?

—Porque quiero para mí todo tu placer —me dice en tono ronco, aunque decidido.

No sé qué contestar. Por un lado, ahí está con su «Quiero morderte ese labio»; por el otro, es muy egoísta. Frunzo el ceño y pincho un trozo de bacalao intentando evaluar mentalmente qué me ha concedido. La comida y dormir. Va a tomárselo con calma, y aún no hemos hablado de los límites tolerables. Pero no estoy segura de que pueda afrontar ese tema con la comida en la mesa.

—Te he dado muchas cosas en las que pensar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres que pasemos ya a los límites tolerables?

—Espera a que acabemos de comer.

Sonríe.

—¿Te da asco?

—Algo así.

—No has comido mucho.

—Lo suficiente.

—Tres ostras, cuatro trocitos de bacalao y un espárrago. Ni puré de patatas, ni frutos secos, ni aceitunas. Y no has comido en todo el día. Me has dicho que podía confiar en ti.

Vaya, ha hecho el inventario completo.

—Christian, por favor, no suelo mantener conversaciones de este tipo todos los días.

—Necesito que estés sana y en forma, Anastasia.

—Lo sé.

—Y ahora mismo quiero quitarte ese vestido.

Trago saliva. Quitarme el vestido de Kate. Siento un tirón en lo más profundo de mi vientre. Algunos músculos con los que ahora estoy más familiarizada se contraen con sus palabras. Pero no puedo aceptarlo. Vuelve a utilizar contra mí su arma más potente. Es fabuloso practicando el sexo... Hasta yo me he dado cuenta de ello.

—No creo que sea una buena idea —murmuro—. Todavía no hemos comido el postre.

—¿Quieres postre? —me pregunta resoplando.

—Sí.

—El postre podrías ser tú —murmura sugerentemente.

—No estoy segura de que sea lo bastante dulce.

—Anastasia, eres exquisitamente dulce. Lo sé.

—Christian, utilizas el sexo como arma. No me parece justo —susurro contemplándome las manos.

Luego lo miro a los ojos. Alza las cejas, sorprendido, y veo que está sopesando

mis palabras. Se presiona la barbilla, pensativo.

—Tienes razón. Lo hago. Cada uno utiliza en la vida lo que sabe, Anastasia. Eso no quita que te desee muchísimo. Aquí. Ahora.

¿Cómo es posible que me seduzca solo con la voz? Estoy ya jadeando, con la sangre circulándome a toda prisa por las venas, y los nervios estremeciéndose.

—Me gustaría probar una cosa —me dice.

Frunzo el ceño. Acaba de darme un montón de ideas que tengo que procesar, y ahora esto.

—Si fueras mi sumisa, no tendrías que pensarlo. Sería fácil —me dice con voz dulce y seductora—. Todas estas decisiones... todo el agotador proceso racional quedaría atrás. Cosas como «¿Es lo correcto?», «¿Puede suceder aquí?», «¿Puede suceder ahora?». No tendrías que preocuparte de esos detalles. Lo haría yo, como tu amo. Y ahora mismo sé que me deseas, Anastasia.

Arrugo el ceño todavía más. ¿Cómo está tan seguro?

—Estoy tan seguro porque...

Maldita sea, contesta a las preguntas que no le hago. ¿Es también adivino?

—... tu cuerpo te delata. Estás apretando los muslos, te has puesto roja y tu respiración ha cambiado.

Vale, es demasiado.

—¿Cómo sabes lo de mis muslos? —le pregunto en voz baja, en tono incrédulo.

Pero si están debajo de la mesa, por favor.

—He notado que el mantel se movía, y lo he deducido basándome en años de experiencia. No me equivoco, ¿verdad?

Me ruborizo y me miro las manos. Su juego de seducción me lo pone muy difícil. Él es el único que conoce y entiende las normas. Yo soy demasiado ingenua e inexperta. Mi único punto de referencia es Kate, pero ella no aguanta chorradas de los hombres. Las demás referencias que tengo son del mundo de la ficción: Elizabeth Bennet estaría indignada, Jane Eyre, aterrorizada, y Tess sucumbiría, como yo.

—No me he terminado el bacalao.

—¿Prefieres el bacalao frío a mí?

Levanto la cabeza de golpe y lo miro. Un deseo imperioso brilla en sus ojos ardientes como plata fundida.

—Pensaba que te gustaba que me acabara toda la comida del plato.

—Ahora mismo, señorita Steele, me importa una mierda su comida.

—Christian, no juegas limpio, de verdad.

—Lo sé. Nunca he jugado limpio.

La diosa que llevo dentro frunce el ceño e intenta convencerme. Tú puedes. Juega a su juego. ¿Puedo? De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? Mi inexperiencia es mi cruz. Pincho un espárrago, lo miro y me muerdo el labio. Luego, muy despacio, me meto la punta del espárrago en la boca y la chupo.

Christian abre los ojos de manera imperceptible, pero yo lo noto.

—Anastasia, ¿qué haces?

Muerdo la punta.

—Estoy comiéndome un espárrago.

Christian se remueve en su silla.

—Creo que está jugando conmigo, señorita Steele.

Finjo inocencia.

—Solo estoy terminándome la comida, señor Grey.

En ese preciso momento el camarero llama a la puerta y entra sin esperar respuesta. Mira un segundo a Christian, que le pone mala cara pero asiente enseguida, así que el camarero recoge los platos. La llegada del camarero ha roto el hechizo, y me aferro a ese instante de lucidez. Tengo que marcharme. Si me quedo, nuestro encuentro solo podrá terminar de una manera, y necesito poner ciertas barreras después de una conversación tan intensa. Mi cabeza se rebela tanto como mi cuerpo se muere de deseo. Necesito algo de distancia para pensar en todo lo que me ha dicho. Todavía no he tomado una decisión, y su atractivo y su destreza sexual no me lo ponen nada fácil.

—¿Quieres postre? —me pregunta Christian, tan caballeroso como siempre, pero con ojos todavía ardientes.

—No, gracias. Creo que tengo que marcharme —le digo mirándome las manos.

—¿Marcharte? —me pregunta sin poder ocultar su sorpresa.

El camarero se retira a toda prisa.

—Sí.

Es la decisión correcta. Si me quedo en este comedor con él, me follará. Me levanto con determinación.



—Mañana tenemos los dos la ceremonia de la entrega de títulos.

Christian se levanta automáticamente, poniendo de manifiesto años de arraigada urbanidad.

—No quiero que te vayas.

—Por favor... Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Porque me has planteado muchas cosas en las que pensar... y necesito cierta distancia.

—Podría conseguir que te quedaras —me amenaza.

—Sí, no te sería difícil, pero no quiero que lo hagas.

Se pasa la mano por el pelo mirándome detenidamente.

—Mira, cuando viniste a entrevistarme y te caíste en mi despacho, todo eran «Sí, señor», «No, señor». Pensé que eras una sumisa nata. Pero, la verdad, Anastasia, no estoy seguro de que tengas madera de sumisa —me dice en tono tenso acercándose a mí.

—Quizá tengas razón —le contesto.

—Quiero tener la oportunidad de descubrir si la tienes —murmura mirándome. Levanta un brazo, me acaricia la cara y me pasa el pulgar por el labio inferior—. No sé hacerlo de otra manera, Anastasia. Soy así.

—Lo sé.

Se inclina para besarme, pero se detiene antes de que sus labios rocen los míos. Busca mis ojos con la mirada, como pidiéndome permiso. Alzo los labios hacia él y me besa, y como no sé si volveré a besarlo más, me dejo ir. Mis manos se mueven por sí solas, se deslizan por su pelo, lo atraen hacia mí. Mi boca se abre y mi lengua acaricia la suya. Me agarra por la nuca para besarme más profundamente, respondiendo a mi ardor. Me desliza la otra mano por la espalda, y al llegar al final de la columna, la detiene y me aprieta contra su cuerpo.

—¿No puedo convencerte de que te quedes? —me pregunta sin dejar de besarme.

—No.

—Pasa la noche conmigo.

—¿Sin tocarte? No.

—Eres imposible —se queja. Se echa hacia atrás y me mira fijamente—. ¿Por qué

tengo la impresión de que estás despidiéndote de mí?

—Porque voy a marcharme.

—No es eso lo que quiero decir, y lo sabes.

—Christian, tengo que pensar en todo esto. No sé si puedo mantener el tipo de relación que quieres.

Cierra los ojos y presiona su frente contra la mía, lo cual nos da a ambos la oportunidad de relajar la respiración. Un momento después me besa en la frente, respira hondo, con la nariz hundida en mi pelo, me suelta y da un paso atrás.

—Como quiera, señorita Steele —me dice con rostro impasible—. La acompaño hasta el vestíbulo.

Me tiende la mano. Me inclino, cojo el bolso y le doy la mano. Maldita sea, esto podría ser todo. Lo sigo dócilmente por la gran escalera hasta el vestíbulo. Siento picores en el cuero cabelludo, la sangre me bombea muy deprisa. Podría ser el último adiós si decido no aceptar. El corazón se me contrae dolorosamente en el pecho. Qué giro tan radical... Qué gran diferencia puede suponer para una chica un momento de lucidez.

—¿Tienes el ticket del aparcacoches?

Saco del bolso el ticket y se lo doy. Christian se lo entrega al portero. Lo miro mientras esperamos.

—Gracias por la cena —murmuro.

—Ha sido un placer como siempre, señorita Steele —me contesta educadamente, aunque parece sumido en sus pensamientos, abstraído por completo.

Lo observo detenidamente y memorizo su hermoso perfil. Me obsesiona la desagradable idea de que podría no volver a verlo. Es demasiado doloroso para planteármelo. De pronto se gira y me mira con expresión intensa.

—Esta semana te mudas a Seattle. Si tomas la decisión correcta, ¿podré verte el domingo? —me pregunta en tono inseguro.

—Ya veremos. Quizá —le contesto.

Por un momento parece aliviado, pero enseguida frunce el ceño.

—Ahora hace fresco. ¿No has traído chaqueta?

—No.

Mueve la cabeza enfadado y se quita la americana.

—Toma. No quiero que cojas frío.

Parpadeo mientras la sostiene para que me la ponga. Y al pasar los brazos por las mangas, recuerdo el momento en su despacho en que me puso la chaqueta sobre los hombros —el día en que lo conocí—, y la impresión que me causó. Nada ha cambiado. En realidad, ahora es más intenso. Su americana está caliente, me viene muy grande y huele a él... delicioso.

Llega mi coche. Christian se queda boquiabierto.

—¿Ese es tu coche?

Está horrorizado. Me coge de la mano y sale conmigo a la calle. El aparcacoches sale, me tiende las llaves, y Christian le da una propina.

—¿Está en condiciones de circular? —me pregunta fulminándome con la mirada.

—Sí.

—¿Llegará hasta Seattle?

—Claro que sí.

—¿Es seguro?

—Sí —le contesto irritada—. Vale, es viejo, pero es mío y funciona. Me lo compró mi padrastro.

—Anastasia, creo que podremos arreglarlo.

—¿Qué quieres decir? —De pronto lo entiendo—. Ni se te ocurra comprarme un coche.

Me mira con el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—Ya veremos —me contesta.

Hace una mueca mientras me abre la puerta del conductor y me ayuda a entrar. Me quito los zapatos y bajo la ventanilla. Me mira con expresión impenetrable y ojos turbios.

—Conduce con prudencia —me dice en voz baja.

—Adiós, Christian —le digo con voz ronca, como si estuviera a punto de llorar.

No, no voy a llorar. Le sonrío ligeramente.

Mientras me alejo, siento una presión en el pecho, empiezan a aflorar las lágrimas y trato de ahogar el llanto. Las lágrimas no tardan en rodar por mis mejillas, aunque la verdad es que no entiendo por qué lloro. Me he mantenido firme. Él me lo ha explicado todo, y ha sido claro. Me desea, pero necesito más.

Necesito que me desee como yo lo deseo y lo necesito, y en el fondo sé que no es posible. Estoy abrumada.

Ni siquiera sé cómo catalogarlo. Si acepto... ¿será mi novio? ¿Podré presentárselo a mis amigos? ¿Saldré con él de copas, al cine o a jugar a los bolos? Creo que no, la verdad. No me dejará tocarlo ni dormir con él. Sé que no he hecho estas cosas en el pasado, pero quiero hacerlas en el futuro. Y no es este el futuro que él tiene previsto.

¿Qué pasa si digo que sí, y dentro de tres meses él dice que no, que se ha cansado de intentar convertirme en algo que no soy? ¿Cómo voy a sentirme? Me habré implicado emocionalmente durante tres meses y habré hecho cosas que no estoy segura de que quiera hacer. Y si después me dice que no, que se ha acabado el acuerdo, ¿cómo voy a sobrellevar el rechazo? Quizá lo mejor sea retirarse ahora, que mantego mi autoestima más o menos intacta.

Pero la idea de no volver a verlo me resulta insoportable. ¿Cómo se me ha metido en la piel en tan poco tiempo? No puede ser solo el sexo, ¿verdad? Me paso la mano por los ojos para secarme las lágrimas. No quiero analizar lo que siento por él. Me asusta lo que podría descubrir. ¿Qué voy a hacer?

Aparco frente a nuestra casa. No veo luces encendidas, así que Kate debe de haber salido. Es un alivio. No quiero que vuelva a pillarme llorando. Mientras me desnudo, enciendo el cacharro infernal y encuentro un mensaje de Christian en la bandeja de entrada.

**De:** Christian Grey**Fecha:** 25 de mayo de 2011 22:01**Para:** Anastasia Steele**Asunto:** Esta noche

No entiendo por qué has salido corriendo esta noche. Espero sinceramente haber contestado a todas tus preguntas de forma satisfactoria. Sé que tienes que plantearte muchas cosas y espero fervientemente que consideres en serio mi propuesta. Quiero de verdad que esto funcione. Nos lo tomaremos con calma. Confía en mí.

Christian Grey  
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.

Este e-mail me hace llorar más. No soy una fusión empresarial. No soy una adquisición. Leyendo este correo, cualquiera diría que sí. No le contesto. No sé qué decirle, la verdad. Me pongo el pijama y me meto en la cama envuelta en su americana. Tumbada, en la oscuridad, pienso en todas las veces que me ha advertido que me mantuviera alejada de él.

«Anastasia, deberías mantenerte alejada de mí. No soy un hombre para ti.»

«Yo no tengo novias.»

«No soy un hombre de flores y corazones.»

«Yo no hago el amor.»

«No sé hacerlo de otra manera.»

Es lo último a lo que me aferro mientras lloro en silencio, con la cara hundida en la almohada. Tampoco yo sé hacerlo de otra manera. Quizá juntos podamos encontrar otro camino.

Christian está frente a mí con una fusta de cuero trenzado. Solo lleva puestos unos Levi's viejos, gastados y rotos. Golpea despacio la fusta contra la palma de su mano sin dejar de mirarme. Esboza una sonrisa triunfante. No puedo moverme. Estoy desnuda y atada con grilletes, despatarrada en una enorme cama de cuatro postes. Se acerca a mí y me desliza la punta de la fusta desde la frente hasta la nariz, de manera que percibo el olor del cuero, y luego sigue hasta mis labios entreabiertos, que jadean. Me mete la punta en la boca y siento el sabor intenso del cuero.

—Chupa —me ordena en voz baja.

Obedezco y cierro los labios alrededor de la punta.

—Basta —me dice bruscamente.

Vuelvo a jadear mientras me saca la fusta de la boca y me la desliza desde la barbilla hasta el final del cuello. Le da vueltas despacio y sigue arrastrando la punta de la fusta por mi cuerpo, por el esternón, entre los pechos y por el torso, hasta el ombligo. Jadeo, me retuerzo y tiro de los grilletes, que me destrozan las muñecas y los tobillos. Me rodea el ombligo con la punta de cuero y sigue deslizándola por mi vello púbico hasta el clítoris. Sacude la fusta y me golpea con fuerza en el clítoris, y me corro gloriosamente gritando que me desate.

De pronto me despierto jadeando, bañada en sudor y sintiendo los espasmos posteriores al orgasmo. Dios mío. Estoy totalmente desorientada. ¿Qué demonios ha pasado? Estoy en mi cama sola. ¿Cómo? ¿Por qué? Me incorporo de un salto, conmocionada... Uau. Es de día. Miro el despertador: las ocho. Me cubro la cara con las manos. No sabía que yo pudiera tener sueños sexuales. ¿Ha sido por algo que comí? Quizá las ostras y la investigación, que han acabado manifestándose en mi primer sueño erótico. Es desconcertante. No tenía ni idea de que pudiera correrme en sueños.

Kate se acerca a mí corriendo cuando entro tambaleándome en la cocina.

—Ana, ¿estás bien? Te veo rara. ¿Llevas puesta la americana de Christian?

—Estoy bien.

Maldita sea. Debería haberme mirado en el espejo. Evito sus ojos verdes, que me atraviesan. Todavía no me he recuperado del sueño.

—Sí, es la americana de Christian.

Frunce el ceño.

—¿Has dormido?

—No muy bien.

Cojo la tetera. Necesito un té.

—¿Qué tal la cena?

Ya empieza...

—Comimos ostras. Y luego bacalao, así que diría que hubo bastante pescado.

—Uf... Odio las ostras, pero no estoy preguntándote por la comida. ¿Qué tal con Christian? ¿De qué hablasteis?

—Se mostró muy atento.

Me callo. ¿Qué puedo decirle? No tiene VIH, le interesa la interpretación, quiere que obedezca todas sus órdenes, hizo daño a una mujer a la que colgó del techo de su cuarto de juegos y quería follarme en el comedor privado. ¿Sería un buen resumen? Intento desesperadamente recordar algo de mi cita con Christian que pueda comentar con Kate.

—No le gusta Wanda.

—¿A quién le gusta, Ana? No es nada nuevo. ¿Por qué estás tan evasiva? Suéltalo, amiga mía.

—Kate, hablamos de un montón de cosas. Ya sabes... de lo quisquilloso que es con la comida. Por cierto, le gustó mucho tu vestido.

La tetera ya está hirviendo, así que me preparo una taza.

—¿Te apetece un té? ¿Quieres leerme tu discurso de hoy?

—Sí, por favor. Anoche estuve preparándolo en el Becca's. Voy a buscarlo. Y sí, me apetece mucho un té.

Kate sale corriendo de la cocina.

Uf, he conseguido darle esquinazo a Katherine Kavanagh. Abro un panecillo y lo meto en la tostadora. Me ruborizo pensando en mi intenso sueño. ¿Qué demonios ha pasado?

Anoche me costó dormirme. Estuve dando vueltas a diversas opciones. Estoy muy confundida. La idea que tiene Christian de una relación se parece mucho a una oferta de empleo, con sus horarios, la descripción del trabajo y un procedimiento de resolución de conflictos bastante riguroso. No imaginaba así mi primera historia de amor... pero, claro, a Christian no le interesan las historias de amor. Si le dijera que quiero algo más, seguramente me diría que no... y me arriesgaría a perder lo que me ha ofrecido. Es lo que más me preocupa, porque no quiero perderlo. Pero no estoy segura de tener estómago para ser su sumisa... En el fondo, lo que me tira para atrás son las varas y los látigos. Como soy débil físicamente, haría lo que fuera por evitar el dolor. Pienso en mi sueño... ¿Sería así? La diosa que llevo dentro da saltos con pompones de animadora gritándome que sí.

Kate vuelve a la cocina con su portátil. Me concentro en mi panecillo. Empieza a leer su discurso, y yo la escucho pacientemente.

Estoy vestida y lista cuando llega Ray. Abro la puerta de la calle y lo veo en el porche con un traje que no le queda nada bien. Siento una cálida oleada de gratitud y de amor hacia este hombre sencillo y me lanzo a sus brazos, una muestra de cariño poco habitual en mí. Se queda desconcertado, perplejo.

—Hola, Annie, yo también me alegro de verte —murmura abrazándome.

Me aparta un poco, y con las manos en mis hombros me mira de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, hija?

—Claro, papá. ¿No puedo alegrarme de ver a mi padre?

Sonríe arrugando las comisuras de sus ojos oscuros y me sigue hasta el comedor.

—Estás muy guapa —me dice.

—El vestido es de Kate —le digo bajando la mirada hacia el vestido gris de seda con la espalda descubierta.

Frunce el ceño.

—¿Dónde está Kate?

—Ha ido al campus. Va a pronunciar un discurso, así que tiene que estar allí antes.

—¿Vamos tirando?



—Papá, tenemos media hora. ¿Quieres un té? Cuéntame cómo está todo el mundo en Montesano. ¿Cómo te ha ido el viaje?

Ray deja el coche en el aparcamiento del campus y seguimos a la multitud con birretes negros y rojos hasta el gimnasio.

—Suerte, Annie. Pareces muy nerviosa. ¿Tienes que hacer algo?

Dios mío... ¿Por qué le ha dado hoy a Ray por ser observador?

—No, papá. Es un gran día.

Y voy a ver a Christian Grey.

—Sí, mi niña se ha graduado. Estoy orgulloso de ti, Annie.

—Gracias, papá.

Cuánto quiero a este hombre...

El gimnasio está lleno de gente. Ray va a sentarse a las gradas con los demás padres y asistentes, y yo me dirijo a mi asiento. Llevo mi toga negra y mi birrete, y siento que me protegen, que me permiten ser anónima. Todavía no hay nadie en el estrado, pero parece que no consigo calmarme. Me late el corazón a toda prisa y me cuesta respirar. Está por aquí, en algún sitio. Me pregunto si Kate está hablando con él, quizá interrogándolo. Me dirijo hacia mi asiento entre compañeros cuyos apellidos también empiezan por S. Estoy en la segunda fila, lo que me ofrece cierto anonimato. Miro hacia atrás y veo a Ray en las gradas, arriba del todo. Lo saludo con un gesto. Me contesta agitando tímidamente la mano. Me siento y espero.

El auditorio no tarda en llenarse y el rumor de voces nerviosas aumenta progresivamente. La primera fila de asientos ya está ocupada. Yo estoy sentada entre dos chicas de otro departamento a las que no conozco. Es evidente que son muy amigas, y hablan muy nerviosas conmigo en medio.

A las once en punto aparece el rector desde detrás del estrado, seguido por los tres vicerrectores y los profesores, todos ataviados en negro y rojo. Nos levantamos y aplaudimos a nuestro personal docente. Algunos profesores asienten y saludan con la mano, y otros parecen aburridos. El profesor Collins, mi tutor y mi profesor preferido, tiene pinta de acabar de levantarse, como siempre. Al fondo del escenario están Kate y Christian. Christian lleva un traje gris a medida, y a las luces del auditorio brillan en su pelo mechones cobrizos. Parece muy serio y autosuficiente. Al sentarse, se desabrocha la americana y veo su corbata. Oh, Dios... ¡esa corbata! Me froto las muñecas en un gesto reflejo. No puedo apartar los ojos de él. Sin duda se ha puesto esa corbata a propósito. Aprieto los labios. El

público se sienta y cesan los aplausos.

—¡Mira a aquel tipo! —cuchichea entusiasmada una de las chicas sentadas a mi lado.

—¡Está buenísimo! —le contesta la otra.

Me pongo tensa. Estoy segura de que no hablan del profesor Collins.

—Tiene que ser Christian Grey.

—¿Está libre?

Se me ponen los pelos de punta.

—Creo que no —murmuro.

—Oh —exclaman las chicas mirándome sorprendidas.

—Creo que es gay —mascullo.

—Qué lástima —se lamenta una de las chicas.

Mientras el rector se levanta y da comienzo al acto con su discurso, veo que Christian recorre disimuladamente la sala con la mirada. Me hundo en mi asiento y encojo los hombros para que no me vea. Fracaso estrepitosamente, porque un segundo después sus ojos encuentran los míos. Me mira con rostro impasible, totalmente inescrutable. Me remuevo incómoda en mi asiento, hipnotizada por su mirada, y me ruborizo ligeramente. De pronto recuerdo mi sueño de esta mañana y se me contraen los músculos del vientre. Respiro hondo. Sus labios esbozan una leve y efímera sonrisa. Cierra un instante los ojos y al abrirlos recupera su expresión indiferente. Lanza una rápida mirada al rector y luego fija la vista al frente, en el emblema de la universidad colgado en la entrada. No vuelve a dirigir sus ojos hacia mí. El rector continúa con su monótono discurso, y Christian sigue sin mirarme. Mira fijamente hacia delante.

¿Por qué no me mira? ¿Habrá cambiado de idea? Me inunda una oleada de inquietud. Quizá el hecho de que me marchara anoche fue el final también para él. Se ha aburrido de esperar a que me decida. Oh, no, quizá lo he fastidiado todo. Recuerdo su e-mail de anoche. Quizá esté enfadado porque no le he contestado.

De pronto la señorita Katherine Kavanagh avanza por el estrado y la sala irrumpe en aplausos. El rector se sienta y Kate se echa la bonita melena hacia atrás y coloca sus papeles en el atril. Se toma su tiempo y no se siente intimidada por el millar de personas que están mirándola. Cuando está lista, sonrío, levanta la mirada hacia la multitud fascinada y empieza su discurso con elocuencia. Está tranquila y se muestra divertida. Las chicas sentadas a mi lado se ríen a carcajadas con su primera broma. Oh, Katherine Kavanagh, tú si que sabes pronunciar un

discurso. En esos momentos estoy tan orgullosa de ella que mis dispersos pensamientos sobre Christian quedan a un lado. Aunque ya he oído su discurso, lo escucho atentamente. Domina la sala y se mete al público en el bolsillo.

Su tema es «¿Qué esperar después de la facultad?». Sí, ¿qué esperar? Christian mira a Kate alzando las cejas, creo que sorprendido. Podría haber ido a entrevistarla Kate, y ahora podría estar haciéndole proposiciones indecentes a ella. La guapa Kate y el guapo Christian juntos. Y yo podría estar como las dos chicas sentadas a mi lado, admirándolo desde la distancia. Pero sé que Kate no le habría dado ni la hora. ¿Cómo lo llamó el otro día? Repulsivo. La idea de que Kate y Christian se enfrenten me incomoda. Tengo que decir que no sé por quién de los dos apostaría.

Kate termina su discurso con una floritura, y espontáneamente todo el mundo se levanta, la aplaude y la vitorea. Su primera ovación con el público en pie. Le sonrío y la aclamo, y ella me devuelve una sonrisa. Buen trabajo, Kate. Se sienta, el público también, y el rector se levanta y presenta a Christian... Oh, Dios, Christian va a dar un discurso. El rector hace un breve resumen de los logros de Christian: presidente de su extraordinariamente próspera empresa, un hombre que ha llegado donde está por sus propios méritos...

—... y también un importante benefactor de nuestra universidad. Por favor, demos la bienvenida al señor Christian Grey.

El rector estrecha la mano a Christian, y la gente empieza a aplaudir. Se me hace un nudo en la garganta. Se acerca al atril y recorre la sala con la mirada. Parece tan seguro de sí mismo frente a nosotros como Kate hace un momento. Las dos chicas sentadas a mi lado se inclinan hacia delante embelesadas. De hecho, creo que la mayoría de las mujeres del público, y algunos hombres, se inclinan un poco en sus asientos. Christian empieza a hablar en tono suave, mesurado y cautivador.

—Estoy profundamente agradecido y emocionado por el gran honor que me han concedido hoy las autoridades de la Universidad Estatal de Washington, honor que me ofrece la excepcional posibilidad de hablar del impresionante trabajo que lleva a cabo el departamento de ciencias medioambientales de la universidad. Nuestro propósito es desarrollar métodos de cultivo viables y ecológicamente sostenibles para países del tercer mundo. Nuestro objetivo último es ayudar a erradicar el hambre y la pobreza en el mundo. Más de mil millones de personas, principalmente en el África subsahariana, el sur de Asia y Latinoamérica, viven en la más absoluta miseria. El mal funcionamiento de la agricultura es generalizado en estas zonas, y el resultado es la destrucción ecológica y social. Sé lo que es pasar hambre. Para mí, se trata de una travesía muy personal...

Se me desencaja la mandíbula. ¿Qué? Christian ha pasado hambre. Maldita sea. Bueno, eso explica muchas cosas. Y recuerdo la entrevista. De verdad quiere alimentar al mundo. Me devano los sesos desesperadamente intentando recordar el artículo de Kate. Fue adoptado a los cuatro años, creo. No me imagino que Grace lo matara de hambre, así que debió de ser antes, cuando era muy pequeño. Trago saliva y se me encoge el corazón pensando en un niño de ojos grises hambriento. Oh, no. ¿Qué vida tuvo antes de que los Grey lo adoptaran y lo rescataran?

Me invade una indignación salvaje. El filantrópico Christian pobre, jodido y pervertido. Aunque estoy segura de que él no se vería así a sí mismo y rechazaría todo sentimiento de lástima o piedad. De repente estalla un aplauso general y todo el mundo se levanta. Yo hago lo mismo, aunque no he escuchado la mitad de su discurso. Se dedica a esa gran labor, a dirigir una empresa enorme y al mismo tiempo a perseguirme. Resulta abrumador. Recuerdo los breves retazos de las conversaciones que le he oído sobre Darfur... Ahora encaja todo. Comida.

Sonríe brevemente ante el cálido aplauso —incluso Kate está aplaudiendo— y vuelve a su asiento. No mira en dirección a mí, y yo estoy descentrada intentando asimilar toda esta nueva información sobre él.

Un vicerrector se levanta y empieza el largo y tedioso proceso de entrega de títulos. Hay que repartir más de cuatrocientos, así que pasa más de una hora hasta que oigo mi nombre. Avanzo hacia el estrado entre las dos chicas, que se ríen tontamente. Christian me lanza una mirada cálida, aunque comedida.

—Felicidades, señorita Steele —me dice estrechándome la mano. Siento la descarga de su carne en la mía—. ¿Tienes problemas con el ordenador?

Frunzo el ceño mientras me entrega el título.

—No.

—Entonces, ¿no haces caso de mis e-mails?

—Solo vi el de las fusiones y adquisiciones.

Me mira con curiosidad.

—Luego —me dice.

Y tengo que avanzar, porque estoy obstruyendo la cola.

Vuelvo a mi asiento. ¿E-mails? Debe de haber mandado otro. ¿Qué decía?

La ceremonia concluye una hora después. Es interminable. Al final, el rector conduce a los miembros del cuerpo docente fuera del estrado, precedidos por Christian y Kate, y todo el mundo vuelve a aplaudir calurosamente. Christian no me mira, aunque me gustaría que lo hiciera. La diosa que llevo dentro no está nada

contenta.

Mientras espero de pie para poder salir de nuestra fila de asientos, Kate me llama. Se acerca hacia mí desde detrás del estrado.

—Christian quiere hablar contigo —me grita.

Las dos chicas, que ahora están de pie a mi lado, se giran y me miran.

—Me ha mandado a que te lo diga —sigue diciendo.

Oh...

—Tu discurso ha sido genial, Kate.

—Sí, ¿verdad? —Sonríe—. ¿Vienes? Puede ser muy insistente.

Pone los ojos en blanco y me río.

—Ni te lo imaginas. Pero no puedo dejar a Ray solo mucho rato.

Levanto la mirada hacia Ray y le indico abriendo la palma que me espere cinco minutos. Asiente, me hace un gesto con la mano y sigo a Kate hasta el pasillo de detrás del estrado. Christian está hablando con el rector y con dos profesores. Levanta los ojos al verme.

—Discúlpenme, señores —le oigo murmurar.

Viene hacia mí y sonrío brevemente a Kate.

—Gracias —le dice.

Y antes de que Kate pueda responder, me coge del brazo y me lleva hacia lo que parece un vestuario de hombres. Comprueba que está vacío y cierra la puerta con pestillo.

Maldita sea, ¿qué se propone? Parpadeo cuando se gira hacia mí.

—¿Por qué no me has mandado un e-mail? ¿O un mensaje al móvil?

Me mira furioso. Yo estoy desconcertada.

—Hoy no he mirado ni el ordenador ni el teléfono.

Mierda, ¿ha estado llamándome? Pruebo con la técnica de distracción que tan bien me funciona con Kate.

—Tu discurso ha estado muy bien.

—Gracias.

—Ahora entiendo tus problemas con la comida.

Se pasa una mano por el pelo, muy nervioso.

—Anastasia, no quiero hablar de eso ahora. —Cierra los ojos y parece afligido—. Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Porque volviste a casa en esa trampa mortal a la que tú llamas coche.

—¿Qué? No es ninguna trampa mortal. Está perfectamente. José suele hacerle la revisión.

—¿José, el fotógrafo?

Christian arruga la frente y se le hiela la expresión. Mierda.

—Sí, el Escarabajo era de su madre.

—Sí, y seguramente también de su abuela y de su bisabuela. No es un coche seguro.

—Lo tengo desde hace más de tres años. Siento que te hayas preocupado. ¿Por qué no me has llamado?

Está exagerando demasiado.

Respira hondo.

—Anastasia, necesito una respuesta. La espera está volviéndome loco.

—Christian... Mira, he dejado a mi padrastro solo.

—Mañana. Quiero una respuesta mañana.

—De acuerdo, mañana. Ya te diré algo.

Retrocede y me mira más calmado, con los hombros relajados.

—¿Te quedas a tomar algo? —me pregunta.

—No sé lo que quiere hacer Ray.

—¿Tu padrastro? Me gustaría conocerlo.

Oh, no... ¿por qué?

—Creo que no es buena idea.

Christian abre el pestillo de la puerta muy serio.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¡No! —Ahora me toca a mí desesperarme—. ¿Y cómo te presento a mi padre? ¿«Este es el hombre que me ha desvirgado y que quiere mantener conmigo una relación sadomasoquista»? No llevas puestas las zapatillas de deporte.

Christian me mira y sus labios esbozan una sonrisa. Y aunque estoy enfadada

con él, involuntariamente mi cara se la devuelve.

—Para que lo sepas, corro muy deprisa. Dile que soy un amigo, Anastasia.

Abre la puerta y sale. La cabeza me da vueltas. El rector, los tres vicerrectores, cuatro profesores y Kate se me quedan mirando cuando paso a toda prisa por delante de ellos. Mierda. Dejo a Christian con los profesores y voy a buscar a Ray.

«Dile que soy un amigo.»

Amigo con derecho a roce, me dice mi subconsciente con mala cara. Lo sé, lo sé. Me quito de encima el desagradable pensamiento. ¿Cómo voy a presentárselo a Ray? La sala sigue todavía medio llena, y Ray no se ha movido de su sitio. Me ve, me hace un gesto con la mano y empieza a bajar.

—Annie, felicidades —me dice pasándome el brazo por los hombros.

—¿Te apetece venir a tomar algo al entoldado?

—Claro. Hoy es tu día. Vamos.

—No tenemos que ir si no quieres.

Por favor, di que no...

—Annie, he estado dos horas y media sentado, escuchando todo tipo de parloteos. Necesito una copa.

Le cojo del brazo y avanzamos entre la multitud a través de la cálida tarde. Pasamos junto a la cola del fotógrafo oficial.

—Ah, lo olvidaba... —Ray se saca una cámara digital del bolsillo—. Una foto para el álbum, Annie.

Pongo los ojos en blanco mientras me saca una foto.

—¿Puedo quitarme ya la toga y el birrete? Me siento medio tonta.

Eres medio tonta... Mi subconsciente está de lo más sarcástico. Así que vas a presentar a Ray al hombre con el que follas... Estará muy orgulloso. Mi subconsciente me observa por encima de sus gafas de media luna. A veces la odio.

El entoldado es inmenso y está lleno de gente: alumnos, padres, profesores y amigos, todos charlando alegremente. Ray me pasa una copa de champán, o de vino espumoso barato, me temo. No está frío y es dulzón. Pienso en Christian... No va a gustarle.

—¡Ana!

Al girarme, Ethan Kavanagh me coge de improviso entre sus brazos. Me levanta y me da vueltas en el aire sin que se me derrame el vino. Toda una proeza.

—¡Felicidades! —exclama sonriéndome, con sus ojos verdes brillantes.

Qué sorpresa. Su pelo rubio está alborotado y sexy. Es tan guapo como Kate. El parecido es asombroso.

—¡Uau, Ethan! Qué alegría verte. Papá, este es Ethan, el hermano de Kate. Ethan, te presento a mi padre, Ray Steele.

Se dan la mano. Mi padre evalúa fríamente al señor Kavanagh.

—¿Cuándo has llegado de Europa? —le pregunto.

—Hace una semana, pero quería darle una sorpresa a mi hermanita —me dice en tono de complicidad.

—Qué detalle —le digo sonriendo.

—Era la que iba a pronunciar el discurso de graduación. No podía perdérmelo. Parece inmensamente orgulloso de su hermana.

—Su discurso ha sido genial.

—Es verdad —confirma Ray.

Ethan me tiene cogida por la cintura cuando levanto la mirada y me encuentro con los gélidos ojos grises de Christian Grey. Kate está a su lado.

—Hola, Ray. —Kate besa en las mejillas a mi padre, que se ruboriza—. ¿Conoces al novio de Ana? Christian Grey.

Maldita sea... ¡Kate! ¡Mierda! Me arden las mejillas.

—Señor Steele, encantado de conocerlo —dice Christian tranquilamente, con calidez, sin que le haya alterado la presentación de Kate.

Tiende la mano a Ray, que se la estrecha sin dar la menor muestra de sorprenderse por lo que acaba de enterarse.

Muchas gracias, Katherine Kavanagh, pienso echando chispas. Creo que mi subconsciente se ha desmayado.

—Señor Grey —murmura Ray.

Su expresión es indescifrable. Solo abre un poco sus grandes ojos castaños, que se giran hacia mí como preguntándome cuándo pensaba darle la noticia. Me muerdo el labio.

—Y este es mi hermano, Ethan Kavanagh —dice Kate a Christian.

Este dirige su gélida mirada a Ethan, que sigue cogiéndome por la cintura.

—Señor Kavanagh.



Se saludan. Christian me tiende la mano.

—Ana, cariño —murmura.

Casi me muero al oírlo.

Me aparto de Ethan, al que Christian dedica una sonrisa glacial, y me coloco a su lado. Kate me sonrío. La muy zorra sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Ethan, mamá y papá quieren hablar con nosotros —dice Kate llevándose a su hermano.

—¿Desde cuándo os conocéis, chicos? —pregunta Ray mirando impasible primero a Christian y luego a mí.

He perdido la capacidad de hablar. Quiero que me trague la tierra. Christian me roza la espalda desnuda con el pulgar y luego deja la mano apoyada en mi hombro.

—Unas dos semanas —dice en tono tranquilo—. Nos conocimos cuando Anastasia vino a entrevistarme para la revista de la facultad.

—No sabía que trabajabas para la revista de la facultad, Ana.

El tono de Ray es de ligero reproche. Es evidente que está molesto. Mierda.

—Kate estaba enferma —murmuro.

No logro decir nada más.

—Su discurso ha estado muy bien, señor Grey.

—Gracias. Tengo entendido que es usted un entusiasta de la pesca.

Ray alza las cejas y esboza una sonrisa poco habitual, auténtica. Y de pronto se ponen a hablar de pesca. De hecho, enseguida siento que sobro. Se ha metido a mi padre en el bolsillo... Como hizo contigo, me reprocha mi subconsciente. Su poder no tiene límites. Me disculpo y voy a buscar a Kate.

Kate está hablando con sus padres, que están encantados de verme, como siempre, y me saludan cariñosamente. Intercambiamos varias frases de cortesía, sobre todo acerca de sus próximas vacaciones a Barbados y nuestro traslado.

—Kate, ¿cómo has podido soltar eso delante de Ray? —le pregunto entre dientes en la primera ocasión en que nadie puede oírnos.

—Porque sabía que tú no lo harías, y quiero echar una mano con los problemas de compromiso de Christian —me contesta sonriendo dulcemente.

Frunzo el ceño. ¡Soy yo la que no va a comprometerse con él, estúpida!

—Y el tío se ha quedado tan tranquilo, Ana. No te preocupes. Míralo...

Christian no aparta la mirada de ti.

Me giro y veo que Ray y Christian están mirándome.

—No te ha quitado los ojos de encima.

—Será mejor que vaya a rescatar a Ray, o a Christian. No sé a cuál de los dos. Esto no va a quedar así, Katherine Kavanagh.

—Ana, te he hecho un favor —me dice cuando ya me he dado la vuelta.

—Hola —les saludo a los dos con una sonrisa.

Parece que todo va bien. Christian está sonriendo por alguna broma entre ellos, y mi padre parece increíblemente relajado, teniendo en cuenta que se trata de socializar. ¿De qué han hablado, aparte de pesca?

—Ana, ¿dónde está el cuarto de baño? —me pregunta Ray.

—Al fondo a la izquierda.

—Vuelvo enseguida. Divertíos, chicos.

Ray se aleja. Miro nerviosa a Christian. Nos quedamos un momento quietos mientras un fotógrafo nos hace una foto.

—Gracias, señor Grey.

El fotógrafo se escabulle a toda prisa. El flash me ha dejado parpadeando.

—Así que también has cautivado a mi padre...

—¿También?

Le arden los ojos y alza una ceja interrogante. Me ruborizo. Levanta una mano y desliza los dedos por mi mejilla.

—Ojalá supiera lo que estás pensando, Anastasia —susurra en tono turbador.

Me coloca la mano en la barbilla y me levanta la cara. Nos miramos fijamente a los ojos.

Se me dispara el corazón. ¿Cómo puede tener este efecto sobre mí, incluso en este entoldado lleno de gente?

—Ahora mismo estoy pensando: Bonita corbata —le digo.

Se ríe.

—Últimamente es mi favorita.

Me arden las mejillas.

—Estás muy guapa, Anastasia. Este vestido con la espalda descubierta te sienta

muy bien. Me apetece acariciarte la espalda y sentir tu hermosa piel.

De pronto es como si estuviéramos solos. Solos él y yo. Se me altera todo el cuerpo, me hormigean todas las terminaciones nerviosas, y la electricidad que se crea entre nosotros me empuja hacia él.

—Sabes que irá bien, ¿verdad, nena? —me susurra.

Cierro los ojos y me derrito por dentro.

—Pero quiero más —le contesto en voz baja.

—¿Más?

Me mira desconcertado y sus ojos se vuelven impenetrables. Asiento y trago saliva. Ahora ya lo sabe.

—Más —repite en voz baja, como si estuviera sopesando la palabra, una palabra corta y sencilla, pero demasiado cargada de promesas. Me pasa el pulgar por el labio inferior—. Quieres flores y corazones.

Vuelvo a asentir. Pestañea y observo en sus ojos su lucha interna.

—Anastasia —me dice en tono dulce—, no sé mucho de ese tema.

—Yo tampoco.

Sonríe ligeramente.

—Tú no sabes mucho de nada —murmura.

—Tú sabes todo lo malo.

—¿Lo malo? Para mí no lo es —me contesta moviendo la cabeza, y parece sincero—. Pruébalo —me susurra.

Me desafía. Ladea la cabeza y esboza su deslumbrante sonrisa de medio lado.

Respiro hondo. Soy Eva en el Edén, y él es la serpiente. No puedo resistirme.

—De acuerdo —susurro.

—¿Qué?

Me observa muy atento. Trago saliva.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—¿Estás de acuerdo?

Es evidente que no termina de creérselo.

—Dentro de los límites tolerables, sí. Lo intentaré.

Hablo en voz muy baja. Christian cierra los ojos y me abraza.

—Ana, eres imprevisible. Me dejas sin aliento.

Da un paso atrás y de pronto Ray ya está de vuelta. El ruido en el interior del entoldado aumenta progresivamente y me invade los oídos. No estamos solos. Dios mío, acabo de aceptar ser su sumisa. Christian sonrío a Ray con la alegría danzando en sus ojos.

—Annie, ¿vamos a comer algo?

—Vamos.

Guiño un ojo a Ray intentando recuperar la serenidad. ¿Qué has hecho?, me grita mi subconsciente. La diosa que llevo dentro da volteretas dignas de una gimnasta olímpica rusa.

—Christian, ¿quieres venir con nosotros? —le pregunta Ray.

¡Christian! Lo miro suplicándole que no venga. Necesito espacio para pensar... ¿Qué demonios he hecho?

—Gracias, señor Steele, pero tengo planes. Encantado de conocerlo.

—Lo mismo digo —le contesta Ray—. Cuídame a mi niña.

—Esa es mi intención.

Se estrechan la mano. Estoy mareada. Ray no tiene ni idea de cómo va a cuidarme Christian. Este me coge de la mano, se la lleva a los labios y me besa los nudillos con ternura sin apartar sus abrasadores ojos de los míos.

—Nos vemos luego, señorita Steele —me dice en un tono lleno de promesas.

Se me encoge el estómago al pensarlo. ¿Podré esperar?

Ray me coge del brazo y nos dirigimos a la salida del entoldado.

—Parece un chico muy formal. Y adinerado. No lo has hecho tan mal, Annie. Aunque no entiendo por qué he tenido que enterarme por Katherine... —me reprende.

Me encojo de hombros a modo de disculpa.

—Bueno —dice—, cualquier hombre al que le guste pescar a mí me parece bien.

Vaya, a Ray le parece bien. Si él supiera...

Al anochecer Ray me lleva a casa.

—Llama a tu madre —me dice.

—Lo haré. Gracias por venir, papá.

—No me lo habría perdido por nada del mundo, Annie. Estoy muy orgulloso de ti.

Oh, no. No voy a emocionarme ahora... Se me hace un nudo en la garganta y lo abrazo muy fuerte. Me rodea con sus brazos, perplejo, y entonces no puedo evitarlo. Se me saltan las lágrimas.

—Hey, Annie, cariño —me dice Ray—. Ha sido un gran día, ¿verdad? ¿Quieres que entre y te prepare un té?

Aunque tengo los ojos llenos de lágrimas, me río. Para Ray, el té siempre es la solución. Recuerdo a mi madre quejándose de él, diciendo que cuando se trataba de consolar a alguien con un té, el té siempre se le daba muy bien, pero el consuelo no tanto.

—No, papá, estoy bien. Me he alegrado mucho de verte. En cuanto me instale en Seattle, iré a verte.

—Suerte con las entrevistas. Ya me contarás cómo te van.

—Claro, papá.

—Te quiero, Annie.

—Yo también te quiero, papá.

Me sonrío con ojos cálidos y brillantes, y se mete en el coche. Le digo adiós con la mano mientras se adentra en la oscuridad, y luego entro lánguidamente en casa.

Lo primero que hago es mirar el móvil. No tiene batería, así que tengo que ir a buscar el cargador y enchufarlo antes de ver los mensajes. Cuatro llamadas perdidas, dos mensajes en el contestador y dos mensajes de texto. Tres llamadas perdidas de Christian... sin mensajes en el contestador. Una llamada perdida de José, y su voz deseándome lo mejor en la ceremonia de graduación.

Abro los mensajes de texto.

\*Has llegado bien?\*

\*Llamame\*

Los dos son de Christian. ¿Por qué no me llamó a casa? Voy a mi habitación y enciendo el cacharro infernal.

. **De:** Christian Grey**Fecha:** 25 de mayo de 2011 23:58**Para:** Anastasia Steele**Asunto:** Esta noche  
Espero que hayas llegado bien a casa en ese coche tuyo. Dime si estás bien.  
Christian Grey  
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.  
Dios... ¿Por qué le preocupa tanto mi Escarabajo? Me ha servido lealmente durante tres años, y José siempre me ha ayudado a ponerlo a punto. El siguiente e-mail de Christian es de hoy.

. **De:** Christian Grey**Fecha:** 26 de mayo de 2011 17:22**Para:** Anastasia Steele**Asunto:** Límites tolerables  
¿Qué puedo decir que no haya dicho ya? Encantado de comentarlo contigo cuando quieras. Hoy estabas muy guapa.  
Christian Grey  
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.  
Quiero verlo, así que pulso «Responder».

. **De:** Anastasia Steele**Fecha:** 26 de mayo de 2011 19:23**Para:** Christian Grey**Asunto:** Límites tolerables  
Si quieres, puedo ir a verte esta noche y lo comentamos.  
Ana

. **De:** Christian Grey**Fecha:** 26 de mayo de 2011 19:27**Para:** Anastasia Steele**Asunto:** Límites tolerables  
Voy yo a tu casa. Cuando te dije que no me gustaba que llevaras ese coche, lo decía en serio. Nos vemos enseguida.  
Christian Grey  
Presidente de Grey Enterprises Holdings, Inc.  
Maldita sea... Viene hacia aquí. Tengo que prepararle una cosa. Las primeras ediciones de los libros de Thomas Hardy siguen en las estanterías del comedor. No puedo aceptarlas. Envuelvo los libros en papel de embalar y escribo una cita de Tess:

*Acepto las condiciones, Angel, porque tú sabes mejor cuál tiene que ser mi castigo. Lo único que te pido es... que no sea más duro de lo que pueda soportar.*

Hola.

Me siento terriblemente cortada cuando abro la puerta. Christian está en el porche, con sus vaqueros y su cazadora de cuero.

—Hola —dice, y su radiante sonrisa le ilumina el rostro.

Me detengo un instante para admirar su belleza. Madre mía, está buenísimo vestido de cuero.

—Pasa.

—Si me lo permites —contesta, divertido. Cuando entra, le veo una botella de champán en la mano—. He pensado que podríamos celebrar tu graduación. No hay nada como un buen Bollinger.

—Interesante elección de palabras —comento con sequedad.

Él sonríe.

—Me encanta la chispa que tienes, Anastasia.

—No tenemos más que tazas. Ya hemos empaquetado todos los vasos y copas.

—¿Tazas? Por mí, bien.

Me dirijo a la cocina. Nerviosa, sintiendo las mariposas en el estómago; es como tener una pantera o un puma en mi salón.

—¿Quieres platito también?

—Con la taza me vale, Anastasia —me responde Christian distraídamente desde el salón.

Cuando vuelvo, está escudriñando el paquete marrón de libros. Dejo las tazas en la mesa.

—Eso es para ti —murmuro algo ansiosa.

Mierda... Seguro que esto termina en pelea.

—Mmm, me lo figuro. Una cita muy oportuna. —Pasea ausente el largo índice

por el texto—. Pensé que era d'Urberville, no Angel. Has elegido la corrupción. —Me dedica una breve sonrisa lobuna—. Solo tú podías encontrar algo de resonancias tan acertadas.

—También es una súplica —le susurro.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Tengo la boca seca.

—¿Una súplica? ¿Para que no me pase contigo?

Asiento con la cabeza.

—Compré esto para ti —dice él en voz baja y con mirada impasible—. No me pasaré contigo si lo aceptas.

Trago saliva compulsivamente.

—Christian, no puedo aceptarlo, es demasiado.

—Ves, a esto me refería, me desafías. Quiero que te lo quedes, y se acabó la discusión. Es muy sencillo. No tienes que pensar en nada de esto. Como sumisa mía, tendrías que agradecermelo. Límitate a aceptar lo que te compre, porque me complace que lo hagas.

—Aún no era tu sumisa cuando lo compraste —susurro.

—No... pero has accedido, Anastasia.

Su mirada se vuelve recelosa.

Suspiro. No me voy a salir con la mía, así que pasamos al plan B.

—Entonces, ¿es mío y puedo hacer lo que quiera con ello?

Me mira con desconfianza, pero cede.

—Sí.

—En ese caso, me gustaría donarlo a una ONG, a una que trabaja en Darfur y a la que parece que le tienes cariño. Que lo subasten.

—Si eso es lo que quieres hacer...

Aprieta los labios. Parece decepcionado.

Me sonrojo.

—Me lo pensaré —murmuro.

No quiero decepcionarlo, y entonces recuerdo sus palabras. «Quiero que quieras complacerme.»

—No pienses, Anastasia. En esto, no.



Lo dice sereno y serio.

¿Cómo no voy a pensar? Te puedes hacer pasar por un coche, ser otra de sus posesiones, ataca de nuevo mi subconsciente con su desagradable mordacidad. La ignoro. Ay, ¿podríamos rebobinar? El ambiente es ahora muy tenso. No sé qué hacer. Me miro fijamente los dedos. ¿Cómo salvo la situación?

Deja la botella de champán en la mesa y se sitúa delante de mí. Me coge la cara por la barbilla y me levanta la cabeza. Me mira con expresión grave.

—Te voy a comprar muchas cosas, Anastasia. Acostúmbrate. Me lo puedo permitir. Soy un hombre muy rico. —Se inclina y me planta un beso rápido y casto en los labios—. Por favor.

Me suelta.

Vaya, me susurra mi subconsciente.

—Eso hace que me sienta ruin —musito.

—No debería. Le estás dando demasiadas vueltas, Anastasia. No te juzgues por lo que puedan pensar los demás. No malgastes energía. Esto es porque nuestro contrato te produce cierto reparo; es algo de lo más normal. No sabes en qué te estás metiendo.

Frunzo el ceño, tratando de procesar sus palabras.

—Va, déjalo ya —me ordena con delicadeza, cogiéndome otra vez la barbilla y tirando de ella suave para que deje de morderme el labio inferior—. No hay nada ruin en ti, Anastasia. No quiero que pienses eso. No he hecho más que comprarte unos libros antiguos que pensé que te gustarían, nada más. Bebamos un poco de champán. —Su mirada se vuelve cálida y tierna, y yo le sonrío tímidamente—. Eso está mejor —murmura.

Coge el champán, le quita el aluminio y la malla, retuerce la botella más que el corcho y la abre con un pequeño estallido y una floritura experta con la que no se derrama ni una gota. Llena las tazas a la mitad.

—Es rosado —comento sorprendida.

—Bollinger Grande Année Rosé 1999, una añada excelente —dice con entusiasmo.

—En taza.

Sonríe.

—En taza. Felicidades por tu graduación, Anastasia.

Brindamos y él da un sorbo, pero yo no puedo dejar pensar de que, en realidad,

celebramos mi capitulación.

—Gracias —susurro, y doy un sorbo. Desde luego está delicioso—. ¿Repasamos los límites tolerables?

Sonríe, y yo me ruborizo.

—Siempre tan entusiasta.

Christian me coge de la mano y me lleva al sofá, donde se sienta y tira de mí para que tome asiento a su lado.

—Tu padrastro es un hombre muy taciturno.

Ah... así que pasamos de los límites tolerables. Pero quiero quitármelo ya de encima; la angustia me está matando.

—Lo tienes comiendo de tu mano —digo con un mohín.

Christian ríe suavemente.

—Solo porque sé pescar.

—¿Cómo has sabido que le gusta pescar?

—Me lo dijiste tú. Cuando fuimos a tomar un café.

—¿Ah, sí? —Doy otro sorbo. Uau, se acuerda de los detalles. Mmm... este champán es buenísimo—. ¿Probaste el vino de la recepción?

Christian hace una mueca.

—Sí. Estaba asqueroso.

—Pensé en ti cuando lo probé. ¿Cómo es que sabes tanto de vinos?

—No sé tanto, Anastasia, solo sé lo que me gusta. —Sus ojos grises brillan, casi plateados, y vuelvo a ruborizarme—. ¿Más? —pregunta refiriéndose al champán.

—Por favor.

Christian se levanta con elegancia y coge la botella. Me llena la taza. ¿Me querrá achispar? Lo miro recelosa.

—Esto está muy vacío. ¿Te mudas ya?

—Más o menos.

—¿Trabajas mañana?

—Sí, es mi último día en Clayton's.

—Te ayudaría con la mudanza, pero le he prometido a mi hermana que iría a buscarla al aeropuerto.

Vaya, eso es nuevo.

—Mía llega de París el sábado a primera hora. Mañana me vuelvo a Seattle, pero tengo entendido que Elliot os va a echar una mano.

—Sí, Kate está muy entusiasmada al respecto.

Christian frunce el ceño.

—Sí, Kate y Elliot, ¿quién lo iba a decir? —masculla, y no sé por qué no parece que le haga mucha gracia.

—¿Y qué vas a hacer con lo del trabajo de Seattle?

¿Cuándo vamos a hablar de los límites? ¿A qué juega?

—Tengo un par de entrevistas para puestos de becaria.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —pregunta arqueando una ceja.

—Eh... te lo estoy diciendo ahora.

Entorna los ojos.

—¿Dónde?

No sé bien por qué, quizá para evitar que haga uso de su influencia, no quiero decírselo.

—En un par de editoriales.

—¿Es eso lo que quieres hacer, trabajar en el mundo editorial?

Asiento con cautela.

—¿Y bien?

Me mira pacientemente a la espera de más información.

—Y bien ¿qué?

—No seas retorcida, Anastasia, ¿en qué editoriales? —me reprende.

—Unas pequeñas —murmuro.

—¿Por qué no quieres que lo sepa?

—Tráfico de influencias.

Frunce el ceño.

—Pues sí que eres retorcida.

Y se echa a reír.

—¿Retorcida? ¿Yo? Dios mío, qué morro tienes. Bebe, y hablemos de esos

límites.

Saca otra copia de mi e-mail y de la lista. ¿Anda por ahí con esas listas en los bolsillos? Creo que lleva una en la americana que tengo yo. Mierda, más vale que no se me olvide. Apuro la taza.

Me echa un vistazo rápido.

— ¿Más?

— Por favor.

Me dedica una de esas sonrisas de suficiencia suyas, sostiene en alto la botella de champán, y se detiene.

— ¿Has comido algo?

Ay, no... ya estamos otra vez.

— Sí. Me he dado un banquete con Ray.

Lo miro poniendo los ojos en blanco. El champán me está desinhibiendo.

Se inclina hacia delante, me coge la barbilla y me mira fijamente a los ojos.

— La próxima vez que me pongas los ojos en blanco te voy a dar unos azotes.

¿Qué?

— Ah —susurro, y detecto la excitación en sus ojos.

— Ah —replica, imitándome—. Así se empieza, Anastasia.

El corazón me martillea en el pecho y el nudo del estómago se me sube a la garganta. ¿Por qué me excita tanto eso?

Me llena la taza, y me lo bebo casi todo. Escarmentada, lo miro.

— Me sigues ahora, ¿no?

Asiento con la cabeza.

— Respóndeme.

— Sí... te sigo.

— Bien. —Me dedica una sonrisa cómplice—. De los actos sexuales... lo hemos hecho casi todo.

Me acerco a él en el sofá y echo un vistazo a la lista.

. **APÉNDICE 3** Límites tolerables A discutir y acordar por ambas partes:

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

• Masturbación• Penetración vaginal• Cunnilingus• Fisting vaginal• Felación• Penetración anal• Ingestión de semen• Fisting anal

—De puño nada, dices. ¿Hay algo más a lo que te opongas? —pregunta con ternura.

Trago saliva.

—La penetración anal tampoco es que me entusiasme.

—Por lo del puño paso, pero no querría renunciar a tu culo, Anastasia. Bueno, ya veremos. Además, tampoco es algo a lo que podamos lanzarnos sin más. —Me sonrío maliciosamente—. Tu culo necesitará algo de entrenamiento.

—¿Entrenamiento? —susurro.

—Oh, sí. Habrá que prepararlo con mimo. La penetración anal puede resultar muy placentera, créeme. Pero si lo probamos y no te gusta, no tenemos por qué volver a hacerlo.

Me sonrío.

Lo miro espantada. ¿Cree que me va a gustar? ¿Cómo sabe él que resulta placentero?

—¿Tú lo has hecho? —le susurro.

—Sí.

Madre mía. Ahogo un jadeo.

—¿Con un hombre?

—No. Nunca he hecho nada con un hombre. No me va.

—¿Con la señora Robinson?

—Sí.

Madre mía... ¿cómo? Frunzo el ceño. Sigue repasando la lista.

—Y la ingestión de semen... Bueno, eso se te da de miedo.

Me sonrojo, y la diosa que llevo dentro se infla de orgullo.

—Entonces... —Me mira sonriente—. Tragar semen, ¿vale?

Asiento con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos, y vuelvo a apurar mi taza.

—¿Más? —me pregunta.

—Más. —Y de pronto, mientras me rellena la taza, recuerdo la conversación que hemos mantenido antes. ¿Se refiere a eso o solo al champán? ¿Forma parte del

juego todo esto del champán?

—¿Juguetes sexuales? —pregunta.

Me encojo de hombros, mirando la lista.

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

• Vibradores • Consoladores • Tapones anales • Otros juguetes vaginales/anales  
—¿Tapones anales? ¿Eso sirve para lo que pone en el envase?

Arrugo la nariz, asqueada.

—Sí. —Sonríe—. Y hace referencia a la penetración anal de antes. Al entrenamiento.

—Ah... ¿y el «otros»?

—Cuentas, huevos... ese tipo de cosas.

—¿Huevos? —inquiero alarmada.

—No son huevos de verdad —ríe a carcajadas, meneando la cabeza.

Lo miro con los labios fruncidos.

—Me alegra ver que te hago tanta gracia.

No logro ocultar que me siento dolida.

Deja de reírse.

—Mis disculpas. Lo siento, señorita Steele —dice tratando de parecer arrepentido, pero sus ojos aún chispean—. ¿Algún problema con los juguetes?

—No —espeto.

—Anastasia —dice, zalamero—, lo siento. Créeme. No pretendía burlarme. Nunca he tenido esta conversación de forma tan explícita. Eres tan inexperta... Lo siento.

Me mira con ojos grandes, grises, sinceros.

Me relajo un poco y bebo otro sorbo de champán.

—Vale... bondage —dice volviendo a la lista.

La examino, y la diosa que llevo dentro da saltitos como una niña a la espera de un helado.

¿Acepta la Sumisa lo siguiente?

• Bondage con cuerda • Bondage con cinta adhesiva • Bondage con muñequeras de

cuero • Otros tipos de bondage • Bondage con esposas y grilletes  
Christian me mira arqueando las cejas.

—¿Y bien?

—De acuerdo —susurro y vuelvo a mirar rápidamente la lista.

¿Acepta la Sumisa los siguientes tipos de bondage?

• Manos al frente • Muñecas con tobillos • Tobillos • A objetos, muebles, etc. •  
Codos • Barras rígidas • Manos a la espalda • Suspensión • Rodillas

¿Acepta la Sumisa que se le venden los ojos? ¿Acepta la Sumisa que se la amordace?

—Ya hemos hablado de la suspensión y, si quieres ponerla como límite infranqueable, me parece bien. Lleva mucho tiempo y, de todas formas, solo te tengo a ratos pequeños. ¿Algo más?

—No te rías de mí, pero ¿qué es una barra rígida?

—Prometo no reírme. Ya me he disculpado dos veces. —Me mira furioso—. No me obligues a hacerlo de nuevo —me advierte. Y tengo la sensación de encogerme visiblemente... madre mía, qué tirano—. Una barra rígida es una barra con esposas para los tobillos y/o las muñecas. Es divertido.

—Vale... De acuerdo con lo de amordazarme... Me preocupa no poder respirar.

—A mí también me preocuparía que no respiraras. No quiero asfixiarte.

—Además, ¿cómo voy a usar las palabras de seguridad estando amordazada?

Hace una pausa.

—Para empezar, confío en que nunca tengas que usarlas. Pero si estás amordazada, lo haremos por señas —dice sin más.

Lo miro espantada. Pero, si estoy atada, ¿cómo lo voy a hacer? Se me empieza a nublar la mente... Mmm, el alcohol.

—Lo de la mordaza me pone nerviosa.

—Vale. Tomo nota.

Lo miro fijamente y entonces empiezo a comprender.

—¿Te gusta atar a tus sumisas para que no puedan tocarte?

Me mira abriendo mucho los ojos.

—Esa es una de las razones —dice en voz baja.

—¿Por eso me has atado las manos?

—Sí.

—No te gusta hablar de eso —murmuro.

—No, no me gusta. ¿Te apetece más champán? Te está envalentonando, y necesito saber lo que piensas del dolor.

Maldita sea... esta es la parte chunga. Me rellena la taza, y doy un sorbo.

—A ver, ¿cuál es tu actitud general respecto a sentir dolor? —Christian me mira expectante—. Te estás mordiendo el labio —me dice en tono amenazante.

Paro de inmediato, pero no sé qué decir. Me ruborizo y me miro las manos.

—¿Recibías castigos físicos de niña?

—No.

—Entonces, ¿no tienes ningún ámbito de referencia?

—No.

—No es tan malo como crees. En este asunto, tu imaginación es tu peor enemigo —susurra.

—¿Tienes que hacerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es parte del juego, Anastasia. Es lo que hay. Te veo nerviosa. Repasemos los métodos.

Me enseña la lista. Mi subconsciente sale corriendo, gritando, y se esconde detrás del sofá.

• Azotes • Azotes con pala • Latigazos • Azotes con vara • Mordiscos • Pinzas para pezones • Pinzas genitales • Hielo • Cera caliente • Otros tipos/métodos de dolor

—Vale, has dicho que no a las pinzas genitales. Muy bien. Lo que más duele son los varazos.

Palidezco.

—Ya iremos llegando a eso.

—O mejor no llegamos —susurro.

—Esto forma parte del trato, nena, pero ya iremos llegando a todo eso. Anastasia, no te voy a obligar a nada horrible.

—Todo esto del castigo es lo que más me preocupa —digo con un hilo de voz.



—Bueno, me alegro de que me lo hayas dicho. Quitamos los varazos de la lista de momento. Y, a medida que te vayas sintiendo más cómoda con todo lo demás, incrementaremos la intensidad. Lo haremos despacio.

Trago saliva, y él se inclina y me besa en la boca.

—Ya está, no ha sido para tanto, ¿no?

Me encojo de hombros, con el corazón en la boca otra vez.

—A ver, quiero comentarte una cosa más antes de llevarte a la cama.

—¿A la cama? —pregunto parpadeando muy deprisa, y la sangre me bombea por todo el cuerpo, calentándome sitios que no sabía que existían hasta hace muy poco.

—Vamos, Anastasia, después de repasar todo esto, quiero follarte hasta la semana que viene, desde ahora mismo. Debe de haber tenido algún efecto en ti también.

Me estremezco. La diosa que llevo dentro jadea.

—¿Ves? Además, quiero probar una cosa.

—¿Me va a doler?

—No... deja de ver dolor por todas partes. Más que nada es placer. ¿Te he hecho daño hasta ahora?

Me ruborizo.

—No.

—Pues entonces. A ver, antes me hablabas de que querías más.

Se interrumpe, de pronto indeciso.

Madre mía... ¿adónde va a llegar esto?

Me agarra la mano.

—Podríamos probarlo durante el tiempo en que no seas mi sumisa. No sé si funcionará. No sé si podremos separar las cosas. Igual no funciona. Pero estoy dispuesto a intentarlo. Quizá una noche a la semana. No sé.

Madre mía... me quedo boquiabierta, mi subconsciente está en estado de shock. ¡Christian Grey acepta más! ¡Está dispuesto a intentarlo! Mi subconsciente se asoma por detrás del sofá, con una expresión aún conmocionada en su rostro de arpía.

—Con una condición.

Estudia con recelo mi expresión de perplejidad.

—¿Qué? —digo en voz baja.

Lo que sea. Te doy lo que sea.

—Que aceptes encantada el regalo de graduación que te hago.

—Ah.

Y muy en el fondo sé lo que es. Brota el temor en mi vientre.

Me mira fijamente, evaluando mi reacción.

—Ven —murmura, y se levanta y tira de mí.

Se quita la cazadora, me la echa por los hombros y se dirige a la puerta.

Aparcado fuera hay un descapotable rojo de tres puertas, un Audi.

—Para ti. Feliz graduación —susurra, estrechándome en sus brazos y besándome el pelo.

Me ha comprado un puñetero coche, completamente nuevo, a juzgar por su aspecto. Vaya... si ya me costó aceptar los libros. Lo miro alucinada, intentando desesperadamente decidir cómo me siento. Por un lado, me horroriza; por otro, lo agradezco, me flipa que realmente lo haya hecho, pero la emoción predominante es el enfado. Sí, estoy enfadada, sobre todo después de todo lo que le dije de los libros... pero, claro, ya lo ha comprado. Cogiéndome de la mano, me lleva por el camino de entrada hasta esa nueva adquisición.

—Anastasia, ese Escarabajo tuyo es muy viejo y francamente peligroso. Jamás me lo perdonaría si te pasara algo cuando para mí es tan fácil solucionarlo...

Él me mira, pero, de momento, yo no soy capaz de mirarlo. Contemplo en silencio el coche, tan asombrosamente nuevo y de un rojo tan luminoso.

—Se lo comenté a tu padrastro. Le pareció una idea genial —me susurra.

Me vuelvo y lo miro furiosa, boquiabierta de espanto.

—¿Le mencionaste esto a Ray? ¿Cómo has podido?

Me cuesta que me salgan las palabras. ¿Cómo te atreves? Pobre Ray. Siento náuseas, muerta de vergüenza por mi padre.

—Es un regalo, Anastasia. ¿Por qué no me das las gracias y ya está?

—Sabes muy bien que es demasiado.

—Para mí, no; para mi tranquilidad, no.

Lo miro ceñuda, sin saber qué decir. ¡Es que no lo entiende! Él ha tenido dinero

toda la vida. Vale, no toda la vida —de niño, no—, y entonces mi perspectiva cambia. La idea me serena y veo el coche con otros ojos, sintiéndome culpable por mi arrebatado de resentimiento. Su intención es buena, desacertada, pero con buen fondo.

—Te agradezco que me lo prestes, como el portátil.

Suspira hondo.

—Vale. Te lo presto. Indefinidamente.

Me mira con recelo.

—No, indefinidamente, no. De momento. Gracias.

Frunce el ceño. Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias por el coche, señor —digo con toda la ternura de la que soy capaz.

Me agarra de pronto y me estrecha contra su cuerpo, con una mano en la espalda reteniéndome y la otra agarrándome el pelo.

—Eres una mujer difícil, Ana Steele.

Me besa apasionadamente, obligándome a abrir la boca con la lengua, sin contemplaciones.

Me excito al instante y le devuelvo el beso con idéntica pasión. Lo deseo inmensamente, a pesar del coche, de los libros, de los límites tolerables... de los varazos... lo deseo.

—Me está costando una barbaridad no follarte encima del capó de este coche ahora mismo, para demostrarte que eres mía y que, si quiero comprarte un puto coche, te compro un puto coche —gruñe—. Venga, vamos dentro y desnúdate.

Me planta un beso rápido y brusco.

Vaya, sí que está enfadado. Me coge de la mano y me lleva de nuevo dentro y derecha al dormitorio... sin ningún tipo de preámbulo. Mi subconsciente está otra vez detrás del sofá, con la cabeza escondida entre las manos. Christian enciende la luz de la mesilla y se detiene, mirándome fijamente.

—Por favor, no te enfades conmigo —le susurro.

Me mira impasible; sus ojos grises son como fríos pedazos de cristal ahumado.

—Siento lo del coche y lo de los libros... —Me interrumpo. Guarda silencio, pensativo—. Me das miedo cuando te enfadas —digo en voz baja, mirándolo.

Cierra los ojos y mueve la cabeza. Cuando los abre, su expresión se ha suavizado. Respira hondo y traga saliva.

—Date la vuelta —susurra—. Quiero quitarte el vestido.

Otro cambio brusco de humor; me cuesta seguirlo. Obediente, me vuelvo y el corazón se me alborota; el deseo reemplaza de inmediato a la inquietud, me recorre la sangre y se instala, oscuro e intenso, en mi vientre. Me recoge el pelo de la espalda de forma que me cuelga por el hombro derecho, enroscándose en mi pecho. Me pone el dedo índice en la nuca y lo arrastra dolorosamente por mi columna vertebral. Su uña me araña la piel.

—Me gusta este vestido —murmura—. Me gusta ver tu piel inmaculada.

Acerca el dedo al borde de mi vestido, a mitad de la espalda, lo engancha y tira de él para arrimarme a su cuerpo. Inclínándose, me huele el pelo.

—Qué bien hueles, Anastasia. Muy agradable.

Me roza la oreja con la nariz, desciende por mi cuello y va regándome el hombro de besos tiernos, suavísimos.

Se altera mi respiración, se vuelve menos honda, precipitada, llena de expectación. Tengo sus dedos en la cremallera. La baja, terriblemente despacio, mientras sus labios se deslizan, lamiendo, besando, succionando hasta el otro hombro. Esto se le da seductoramente bien. Mi cuerpo vibra y empiezo a estremecerme lánguidamente bajo sus caricias.

—Vas... a... tener... que... a...prender... a estarte... quieta —me susurra, besándome la nuca entre cada palabra.

Tira del cierre del cuello y el vestido cae y se arremolina a mis pies.

—Sin sujetador, señorita Steele. Me gusta.

Alarga las manos y me coge los pechos, y los pezones se yerguen bajo su tacto.

—Levanta los brazos y cógete a mi cabeza —me susurra al cuello.

Obedezco de inmediato y mis pechos se elevan y se acomodan en sus manos; los pezones se me endurecen aún más. Hundo los dedos en su cabeza y, con mucha delicadeza, le tiro del suave y sexy pelo. Ladeo la cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello.

—Mmm... —me ronronea detrás de la oreja mientras empieza a pellizcarme los pezones con sus dedos largos, imitando los movimientos de mis manos en su pelo.

Percibo la sensación con nitidez en la entrepierna, y gimo.

—¿Quieres que te haga correr así? —me susurra.

Arqueo la espalda para acomodar mis pechos a sus manos expertas.

—Le gusta esto, ¿verdad, señorita Steele?

—Mmm...

—Dilo.

Continúa la tortura lenta y sensual, pellizcando suavemente.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí... señor.

—Buena chica.

Me pellizca con fuerza, y mi cuerpo se retuerce convulso contra el suyo.

Jadeo por el exquisito y agudo dolor placentero. Lo noto pegado a mí. Gimo y le tiro del pelo con fuerza.

—No creo que estés lista para correrte aún —me susurra dejando de mover las manos, me muerde flojito el lóbulo de la oreja y tira—. Además, me has disgustado.

Oh, no... ¿qué querrá decir con eso?, me pregunto envuelta en la bruma del intenso deseo mientras gruño de placer.

—Así que igual no dejo que te corras.

Vuelve a centrar sus dedos en mis pezones, tirando, retorciéndolos, masajeándolos. Aprieto el trasero contra su cuerpo y lo muevo de un lado a otro.

Noto su sonrisa en el cuello mientras sus manos se desplazan a mis caderas. Me mete los dedos por las bragas, por detrás, tira de ellas, clava los pulgares en el tejido, las desgarran y las lanza frente a mí para que las vea... Dios mío. Baja las manos a mi sexo y, desde atrás, me mete despacio un dedo.

—Oh, sí. Mi dulce niña ya está lista —me dice dándome la vuelta para que lo mire. Su respiración se ha acelerado. Se mete el dedo en la boca—. Qué bien sabe, señorita Steele.

Suspira. Madre mía, el dedo le debe de saber salado... a mí.

—Desnúdame —me ordena en voz baja, mirándome fijamente, con los ojos entreabiertos.

Lo único que llevo puesto son los zapatos... bueno, los zapatos de taconazo de Kate. Estoy desconcertada. Nunca he desnudado a un hombre.

—Puedes hacerlo —me incita suavemente.

Pestañeo deprisa. ¿Por dónde empiezo? Alargo las manos a su camiseta y me las coge, sonriéndome seductor.

—Ah, no. —Menea la cabeza, sonriente—. La camiseta, no; para lo que tengo planeado, vas a tener que acariciarme.

Los ojos le brillan de excitación.

Vaya, esto es nuevo: puedo acariciarlo con la ropa puesta. Me coge una mano y la planta en su erección.

—Este es el efecto que me produce, señorita Steele.

Jadeo y le envuelvo el paquete con los dedos. Él sonríe.

—Quiero metértela. Quítame los vaqueros. Tú mandas.

Madre mía, yo mando. Me deja boquiabierta.

—¿Qué me vas a hacer? —me tienta.

Uf, la de cosas que se me ocurren... La diosa que llevo dentro ruge y, no sé bien cómo, fruto de la frustración, el deseo y la pura valentía Steele, lo tiro a la cama. Ríe al caer y yo lo miro desde arriba, sintiéndome victoriosa. La diosa que llevo dentro está a punto de estallar. Le quito los zapatos, deprisa, torpemente, y los calcetines. Me mira; los ojos le brillan de diversión y de deseo. Lo veo... glorioso... mío. Me subo a la cama y me monto a horcajadas encima de él para desabrocharle los vaqueros, deslizando los dedos por debajo de la cinturilla, notando, ¡sí!, su vello púbico. Cierra los ojos y mueve las caderas.

—Vas a tener que aprender a estarte quieto —lo reprendo, y le tiro del vello.

Se le entrecorta la respiración, y me sonrío.

—Sí, señorita Steele —murmura con los ojos encendidos—. Condón, en el bolsillo —susurra.

Le hurgo en el bolsillo, despacio, observando su rostro mientras voy palpando. Tiene la boca abierta. Saco los dos paquetitos con envoltorio de aluminio que encuentro y los dejo en la cama, a la altura de sus caderas. ¡Dos! Mis dedos ansiosos buscan el botón de la cinturilla y lo desabrocho, después de manosearlo un poco. Estoy más que excitada.

—Qué ansiosa, señorita Steele —susurra con la voz teñida de complacencia.

Le bajo la cremallera y de pronto me encuentro con el problema de cómo bajarle los pantalones... Mmm. Me deslizo hasta abajo y tiro. Apenas se mueven. Frunzo el ceño. ¿Cómo puede ser tan difícil?

—No puedo estarme quieto si te vas a morder el labio —me advierte, y luego

levanta la pelvis de la cama para que pueda bajarle los pantalones y los boxers a la vez, uau... liberarlo. Tira la ropa al suelo de una patada.

Cielo santo, todo eso para jugar yo solita. De pronto, es como si fuera Navidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? — me dice, todo rastro de diversión ya desaparecido.

Alargo la mano y lo acaricio, observando su expresión mientras lo hago. Su boca forma una O, e inspira hondo. Su piel es tan tersa y suave... y recia... mmm, qué deliciosa combinación. Me inclino hacia delante, el pelo me cae por la cara; y me lo meto en la boca. Chupo, con fuerza. Cierra los ojos, sus caderas se agitan debajo de mí.

—Dios, Ana, tranquila — gruñe.

Me siento poderosa; qué sensación tan estimulante, la de provocarlo y probarlo con la boca y la lengua. Se tensa mientras chupo arriba y abajo, empujándolo hasta el fondo de la garganta, con los labios apretados... una y otra vez.

—Para, Ana, para. No quiero correrme.

Me incorporo, mirándolo extrañada y jadeando como él, pero confundida. ¿No mandaba yo? La diosa que llevo dentro se siente como si le hubieran quitado el helado de las manos.

—Tu inocencia y tu entusiasmo me desarman — jadea—. Tú, encima... eso es lo que tenemos que hacer.

Ah...

—Toma, pónmelo.

Me pasa un condón.

Maldita sea. ¿Cómo? Rasgo el paquete y me encuentro con la goma pegajosa entre las manos.

—Pellizca la punta y ve estirándolo. No conviene que quede aire en el extremo de ese mamón — resopla.

Así que, muy despacio, concentradísima, hago lo que me dice.

—Dios mío, me estás matando, Anastasia — gruñe.

Admiro mi obra y a él. Ciertamente es un espécimen masculino fabuloso. Mirarlo me excita muchísimo.

—Venga. Quiero hundirme en ti — susurra.

Me lo quedo mirando, atemorizada, y él se incorpora de pronto, de modo que estamos nariz con nariz.

—Así —me dice y, pasando una mano por mis caderas, me levanta un poco; con la otra, se coloca debajo de mí y, muy despacio, me penetra con suavidad.

Gruño cuando me dilata, llenándome, y la boca se me desencaja ante esa sensación abrumadora, agonizante, sublime y dulce. Ah... por favor.

—Eso es, nena, siénteme, entero —gime y cierra los ojos un instante.

Y lo tengo dentro, ensartado hasta el fondo, y él me tiene inmóvil, segundos... minutos... no tengo ni idea, mirándome fijamente a los ojos.

—Así entra más adentro —masculla.

Dobla y mece las caderas con ritmo, y yo gimo... madre mía... la sensación se propaga por todo mi vientre... a todas partes. ¡Joder!

—Otra vez —susurro.

Sonríe despacio y me complace.

Gimiendo, alzo la cabeza, el pelo me cae por la espalda, y muy despacio él se deja caer sobre la cama.

—Muévete tú, Anastasia, sube y baja, lo que quieras. Cógeme las manos —me dice con voz ronca, grave, sensualísima.

Me agarro con fuerza, como si me fuera la vida en ello. Muy despacio, subo y vuelvo a bajar. Le arden los ojos de salvaje expectación. Su respiración es entrecortada, como la mía, y levanta la pelvis cuando yo bajo, haciéndome subir de nuevo. Cogemos el ritmo... arriba, abajo, arriba, abajo... una y otra vez... y me gusta... mucho. Entre mis jadeos, la penetración honda y desbordante, la ardiente sensación que me recorre entera y que crece rápidamente, lo miro, nuestras miradas se encuentran... y veo asombro en sus ojos, asombro ante mí.

Me lo estoy follando. Mando yo. Es mío, y yo suya. La idea me empuja, me exalta, me catapulta, y me corro... entre gritos incoherentes. Me agarra por las caderas y, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, con la mandíbula apretada, se corre en silencio. Me derrumbo sobre su pecho, sobrecogida, en algún lugar entre la fantasía y la realidad, un lugar sin límites tolerables ni infranqueables.



# Cincuenta sombras más oscuras



E.L. James

—Chupa —ordena en voz baja—. Voy a meterte esto dentro.

¿Dentro? Dentro... ¿dónde? Me da un vuelco el corazón.

—Chupa —repite, y deja quieta la palma de la mano.

¡No, no pares! Quiero gritar, pero tengo la boca llena. Sus manos oleosas recorren nuevamente mi cuerpo hacia arriba y finalmente cubren mis desatendidos senos.

—No pares de chupar.

Hace girar delicadamente mis pezones entre el pulgar y el índice, con una caricia experta que los endurece y agranda, creando una oleada sináptica de placer que llega hasta mi entrepierna.

—Tienes unos pechos tan hermosos, Ana —susurra, y mis pezones responden endureciéndose aún más.

Él murmura complacido y yo gimo. Baja los labios desde mi cuello hasta uno de mis senos, sin dejar de chupar y mordisquear suavemente hasta llegar al pezón, y de repente noto el pellizco de la pinza.

—¡Ay! —gruño entrecortadamente a través del aparato que cubre mi boca.

Oh, por Dios... el pellizco produce una sensación exquisita, cruda, dolorosa, placentera. Me lame con dulzura el pezón prisionero, mientras procede a colocar la segunda pinza. El pellizco también es intenso... pero igualmente agradable. Gimo con fuerza.

—Siéntelo —sisea él.

Ah, lo siento. Lo siento. Lo siento.

—Dame esto.

Tira con cuidado del estriado chupete metálico que tengo en la boca, y lo suelto. Sus manos recorren otra vez mi cuerpo, descendiendo hacia mi sexo. Ha vuelto a untárselas de aceite, y se deslizan alrededor de mi trasero.

Ahogo un gemido. ¿Qué va a hacer? Cuando me pasa los dedos entre las nalgas, me tensó sobre las rodillas.

—Chsss, despacio —me susurra al oído, y me besa la nuca y me provoca e incita con los dedos.

¿Qué va a hacer? Desliza la otra mano por mi vientre, hasta mi sexo, y lo acaricia de nuevo con la palma. Introduce sus dedos dentro de mí y yo jadeo fuerte, gozando.

—Voy a meterte esto dentro —murmura—. No aquí. —Sus dedos se deslizan entre mis nalgas, untando el aceite—. Sino aquí.

Y hace girar los dedos una y otra vez, dentro y fuera, golpeando la pared frontal de mi vagina. Yo gimo y mis pezones presos se hinchan.

—Ah.

—Ahora, silencio.

Christian saca los dedos y desliza el objeto dentro de mí. Luego me coge la

Me quita una de las esposas, de modo que mis brazos caen hacia delante. Mi cabeza cuelga sobre su hombro, y estoy perdida, totalmente perdida en esta sensación abrumadora. No soy más que respiración alterada, exhausta de deseo, y dulce y placentero olvido de todo.

Soy vagamente consciente de que Christian me levanta, me lleva a la cama y me tumba sobre las refrescantes sábanas de satén. Al cabo de un momento, sus manos, todavía untuosas, me masajean dulcemente detrás de los muslos, las rodillas, las pantorrillas y los hombros. Noto que la cama cede un poco cuando él se tumba a mi lado.

Me quita el antifaz, pero no tengo fuerzas para abrir los ojos. Busca la trenza y me suelta el pelo, y se inclina hacia delante para besarme dulcemente en los labios. Solo mi respiración errática interrumpe el silencio de la habitación, y va estabilizándose a medida que vuelvo de nuevo hacia la tierra. Ya no se oye la música.

—Maravilloso —murmura.

Finalmente consigo abrir un ojo y descubro que él me está mirando fijamente con una leve sonrisa.

—Hola —dice. Consigo contestar con un gemido y su sonrisa se ensancha—. ¿Te ha parecido suficientemente brusco?

Yo asiento y le sonrío como puedo. Vaya, si hubiera sido más brusco tendría que habernos azotado a los dos.

—Creo que intentas matarme —musito.

—Muerta por orgasmo. —Sonríe—. Hay formas peores de morir —dice, pero después frunce el ceño levísimamente, como si de pronto hubiera pensado en algo desagradable.

Su gesto me inquieta. Me incorporo y le acaricio la cara.

—Puedes matarme así siempre que quieras —murmuro.

Me doy cuenta de que está desnudo, espléndido y preparado para la acción. Cuando me coge la mano y me besa los nudillos, yo me enderezo, le atrapo la cara con las manos y llevo su boca a mis labios. Me besa fugazmente y luego se para.

—Esto es lo que quiero hacer —susurra.

Busca bajo la almohada el mando de la música, aprieta un botón y los suaves acordes de una guitarra resuenan entre las paredes.

—Quiero hacerte el amor —dice, mirándome fijamente.

Sus ojos grises brillan sinceros y ardientes. Al fondo se oye una voz familiar que empieza a cantar «The First Time Ever I Saw Your Face». Y sus labios buscan los míos.

Mientras me abrazo a él y me rindo de nuevo al éxtasis liberador, Christian se deja ir en mis brazos, con la cabeza echada hacia atrás y gritando mi nombre. Él me estrecha contra su pecho y permanecemos sentados nariz contra nariz en medio de su cama inmensa, yo a horcajadas sobre él. Y en este momento, este momento de felicidad

# Cincuenta sombras liberadas



E.L. James

Y sin avisar me da un azote fuerte.

—¡Ah! —grito.

—¡Silencio!

Me frota suavemente el culo en el lugar donde me ha dado el azote. Después se inclina sobre mí, clavándome la cadera en el culo, me da un beso entre los omóplatos y sigue encadenando besos por toda mi espalda. Se ha quitado la camisa y el vello de su pecho me hace cosquillas en la espalda a la vez que su erección empuja contra mis nalgas desde debajo de la dura tela de sus vaqueros.

—Abre las piernas —me ordena.

Separo las piernas.

—Más.

Gimo y abro más las piernas.

—Muy bien. —Desliza un dedo por mi espalda, por la hendidura entre mis nalgas y sobre el ano, que se aprieta al notar su contacto.

—Nos vamos a divertir un rato con esto —susurra.

¡Joder!

Sigue bajando el dedo por mi perineo y lo introduce lentamente en mi interior.

—Veo que estás muy mojada, Anastasia. ¿Por lo de antes o por lo de ahora?

Gimo y él mete y saca el dedo, una y otra vez. Me acerco a su mano, encantada por la intrusión.

—Oh, Ana, creo que es por las dos cosas. Creo que te encanta estar aquí, así. Toda mía.

Sí... Oh, sí, me encanta. Saca el dedo y me da otro azote fuerte.

—Dímelo —susurra con la voz ronca y urgente.

—Sí, me encanta —gimo.

Me da otro azote bien fuerte una vez más y grito. Después mete dos dedos en mi interior, los saca inmediatamente, extiende mis fluidos alrededor y sube hasta el ano.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto sin aliento. Oh, Dios mío... ¿Me va a follar por el culo?

—No voy a hacer lo que tú crees —me susurra tranquilizadamente—. Ya te he dicho que vamos a avanzar un paso cada vez, nena.

Oigo el suave sonido del chorro de algún líquido, al salir de un tubo seguramente, y siento que sus dedos me masajean otra vez ahí. Me está lubricando... ¡ahí! Me retuerzo cuando mi miedo choca con mi excitación por lo desconocido. Me da otro azote más abajo que me alcanza el sexo. Gimo. Es una sensación... tan increíble.

—Quieta —dice—. Y no te sueltes.

—Ah.

—Esto es lubricante. —Me echa un poco más. Intento no retorcerme, pero el corazón me late muy fuerte y tengo el pulso descontrolado. El deseo y la ansiedad me corren a toda velocidad por las venas.

—Llevo un tiempo queriendo hacer esto contigo, Ana.

Gimo de nuevo. Siento algo frío, metálicamente frío, que me recorre la espalda.

—Tengo un regalito para ti —me dice Christian en un susurro.

Me viene a la mente la imagen del día que me enseñó los artilugios que había en la cómoda. Madre mía.

Un tapón anal. Christian lo desliza por la hendidura que hay entre mis nalgas.

Oh, Dios mío...

—Voy a introducir esto dentro de ti muy lentamente...

Doy un respingo; la anticipación y la ansiedad están haciendo mella en mí.

—¿Me va a doler?

—No, nena. Es pequeño. Y cuando lo tengas dentro te voy a follar muy fuerte.

Estoy a punto de dar una sacudida sin control. Se agacha sobre mi cuerpo y me da más besos entre los omóplatos.

—¿Preparada? —me susurra.

¿Preparada? ¿Estoy preparada para esto?

—Sí —digo con un hilo de voz y la boca seca.

Pasa otra vez el dedo por encima del ano y por el perineo y lo introduce en mi interior. Joder, es el pulgar. Me cubre el sexo con el resto de la mano y me acaricia lentamente el clítoris con los dedos. Suelto un gemido... Me siento... bien. Muy lentamente, sin dejar de hacer su magia con los dedos y el pulgar, me va metiendo el frío tapón.

—¡Ah! —grito y gimo a la vez por la sensación desconocida. Mis músculos protestan por la intrusión. Hace círculos con el pulgar en mi interior y empuja más fuerte el tapón, que entra con facilidad. No sé si es porque estoy tan excitada o porque me está distrayendo con sus dedos expertos, pero parece que mi cuerpo lo acepta bien. Pesa... y noto algo raro... ¡«ahí»!

—Oh, nena...

Puedo sentirlo todo: el pulgar que gira en mi interior y el tapón que presiona... Oh, ah... Gira lentamente el tapón, lo que me provoca un interminable gemido.

—Christian... —Digo su nombre como un mantra mientras me voy adaptando a la sensación.

—Muy bien —me susurra. Me recorre el costado con la mano libre hasta llegar a la cadera. Saca lentamente el pulgar y oigo el sonido inconfundible de la cremallera de su bragueta al abrirse. Me coge la cadera por el otro lado, tira de mí hacia atrás y me abre más las piernas empujándome los pies con los suyos.

—No sueltes la mesa, Ana —me advierte.

—No —jadeo.

—Duro, ¿eh? Dime si soy demasiado duro, ¿entendido?

—Sí —le susurro.

Siento que entra en mí con una brusca embestida a la vez que me atrae hacia él, lo que empuja el tapón y lo introduce más profundamente.

—¡Joder! —chillo.

Se queda quieto con la respiración trabajosa. Mis jadeos se acompañan con los suyos. Estoy intentando asimilar todas las sensaciones: la deliciosa sensación de estar llena, la seducción de estar haciendo algo prohibido, el placer erótico que va creciendo en espiral desde mi interior. Tira suavemente del tapón.

Oh, Dios mío... Gimo y oigo que inspira bruscamente: una inhalación de puro placer sin adulterar. Hace que me hierva la sangre. ¿Me he sentido alguna vez tan llena de lujuria... tan...?

—¿Otra vez? —me susurra.

—Sí.

—Sigue tumbada —me ordena. Sale de mí y vuelve a embestirme con mucha fuerza.

Oh... esto era lo que quería.

—¡Sí! —exclamo con los dientes apretados.

Él empieza a establecer un ritmo con la respiración cada vez más trabajosa, que vuelve a acompasarse con la mía cuando entra y sale de mi interior.

—Oh, Ana —gime. Aparta una de las manos de mi cadera y gira otra vez el tapón para meterlo despacio, sacarlo un poco y volverlo a meter. La sensación es indescriptible y creo que estoy a punto de desmayarme sobre la mesa. No altera el ritmo de su penetración, una y otra vez, con movimientos fuertes y bruscos al entrar, haciendo que mis entrañas se tensen y tiemblen.

—Oh, joder... —grito. Me va a partir en dos.

—Sí, nena —murmura él.

—Por favor... —le suplico, aunque no sé qué le estoy pidiendo: que pare, que no pare nunca, que vuelva a girar el tapón. Mi interior se tensa alrededor de él y del tapón.

—Eso es —jadea y a la vez me da un fuerte azote en la nalga derecha. Y yo me corro, una vez y otra, cayendo, hundiéndome, girando, latiendo a su alrededor una vez, y otra... Christian saca con mucho cuidado el tapón.

—¡Joder! —vuelvo a gritar y Christian me agarra las caderas para que no me mueva y llega el clímax con un alarido.

La mujer sigue cantando. Siempre que estamos aquí, Christian pone una canción y programa el equipo para que se repita. Qué raro. Estoy acurrucada en su regazo, envuelta por sus brazos, con las piernas enroscadas con las suyas y la cabeza descansando contra su pecho. Estamos en el suelo del cuarto de juegos al lado de la mesa.

—Bienvenida de vuelta —me dice quitándome el antifaz. Parpadeo para que mis ojos se adapten a la débil luz. Sujetándome la barbilla me da un beso suave en los labios con los ojos fijos en los míos, mirándome ansioso. Estiro la mano para acariciarle la cara. Él me sonrío—. Bueno, ¿he cumplido el encargo? —me pregunta divertido.

Frunzo el ceño.

—¿Encargo?

—Querías que fuera duro —me explica.

No puedo evitar sonreír.

—Sí, creo que sí...

Alza las dos cejas y me sonrío.

—Me alegro mucho de oírlo. Ahora mismo se te ve muy bien follada y preciosa. —Me acaricia la cara y sus largos dedos me rozan la mejilla.

—Así me siento —digo casi en un ronroneo.

Se agacha y me besa tiernamente y noto sus labios suaves y cálidos contra los míos.

—Nunca me decepcionas.